

SÉRIE ANTROPOLOGIA

251

**IMÁGENES ETNOGRÁFICAS DE LA NACIÓN.
LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL ARGENTINA
DE LOS TEMPRANOS AÑOS SETENTA
Rosana Guber y Sergio Visacovsky**

**Brasília
1999**

APRESENTAÇÃO

O presente trabalho é a versão completa da comunicação apresentada por Rosana Guber no Seminário Internacional “Uma Agenda para a Antropologia a partir da América Latina”, realizada sob os auspícios do Departamento de Antropologia nos dias 28 e 29 de setembro de 1998. Como tal, faz parte de um grupo de quatro ensaios originais trazidos especialmente para aquele encontro e oferecidos para circulação através do Departamento. O Seminário tratou-se do primeiro de uma série de encontros destinados a pensar questões teóricas e elaborar perspectivas para a prática etnográfica a partir de uma posição geopolítica definida pela área latinoamericana.

José Jorge de Carvalho & Rita Laura Segato

**Imágenes etnográficas de la nación.
La antropología social argentina de los tempranos años setenta.¹**

Rosana Guber* y Sergio E. Visacovsky**

"(La Antropología) ve todo como culturalmente determinado /.../ todo, excepto ella misma" (Bernard McGrane, en Peirano 1991:12, nuestra traducción).

"la Antropología se ha definido menos en términos de mapear la estructura social nacional que en términos de mapear las categorías globales de la Otridad" (Borneman 1995:665, nuestra traducción).

Resumen

A través del análisis de la producción editada e inédita correspondiente al período 1965-1975 de cinco antropólogos argentinos (Santiago Bilbao, Hebe Vessuri, Esther Hermitte, Eduardo Archetti y Leopoldo Bartolomé), intentaremos mostrar que la dinámica estatal-nacional y la caracterización de la nación son inherentes al posicionamiento de la antropología como delimitadora de un campo intelectual que provee tanto un conocimiento histórico-social específico como contextos de autoridad disciplinaria. Buscamos poner de manifiesto que lo ineludible de la referencia nacional y estatal de la práctica antropológica reside no en detectar contenidos intrínsecamente nacionales—al modo de la literatura esencialista sobre la etnicidad—sino en reconocer el proceso de construcción de mediación autorizada entre el Estado y la sociedad civil, para la identificación y caracterización de la Otridad interna a la Nación.

Ethnographic Images of the nation. The Argentinean Social Anthropology of the early seventies

This paper focuses on the published and unpublished production of five Argentinean anthropologists (Santiago Bilbao, Hebe Vessuri, Esther Hermitte, Eduardo Archetti and Leopoldo Bartolomé) corresponding to the period 1965-1975, in order to show how the state-national dynamics and the characterization of the nation are inherent to the positioning of the anthropology which define an intellectual field. This provides so much a specific historical-social knowledge as contexts of disciplinary authority. We want to demonstrate that the unavoidable reference to national and state of the anthropological practice not resides in detecting national contents—as the essentialist literature about ethnicity— but in recognizing the process of authorized construction between the State and the civil society, for the identification and characterization of the internal Otherness to the Nation.

Imagens etnográficas da nação. A antropologia argentina dos primeiros anos setenta.

Através da análise da produção editada e inédita de cinco antropólogos (Santiago Bilbao, Hebe Vessuri, Ester Hermitte, Eduardo Archetti e Leopoldo Bartolomé) no período 1966-75, tentaremos mostrar que a dinâmica nacional/estatal e a

* Investigadora CONICET-IDES.

** Investigador Instituto de Ciencias Antropológicas, UBA.

caracterização da nação são inerentes ao posicionamento da antropologia como delimitadora de um campo que fornece tanto um conhecimento histórico-social específico quanto contextos de autoridade disciplinar. Procuramos trazer à tona que o ineludível da referência nacional e estatal da prática antropológica reside não em detectar conteúdos intrinsecamente nacionais —ao estilo da literatura essencialista sobre a etnicidade, mas em reconhecer o processo de construção de mediação autorizada entre o Estado e a sociedade civil para a identificação e caracterização da Outredade interna à Nação.

Desde los años ‘80, y con mayor insistencia desde los ‘90, asistimos a una creciente preocupación por la configuración de la antropología como un producto cultural. Con las historias antropológicas de George W. Stocking (Jr) (1983, 1991), hasta las compilaciones de historias y etnografías de otras antropologías europeas—alemana, polaca, española, italiana, etc. (Vermeulen & Alvarez Roldán 1995)—americanas y asiáticas—Brasil, Quebec, India, Venezuela, etc. (Cardoso de Oliveira & Ruben 1995)—los autores han cuestionado tanto la unilateralidad como el carácter monolítico de la antropología focalizada en su trayectoria euro-occidental (francesa y británica) y estadounidense.

La diferenciación interna de una disciplina social cuya pretendida universalidad se funda en los requerimientos internacionales de la ciencia, ha cobrado distintas caracterizaciones y, por eso, diversas implicancias en la medida en que sus analistas buscan dar cuenta del carácter construido—cultural, social, político—de una disciplina que revela lo culturalmente específico de todo producto humano.

Esta diversidad ha sido caracterizada de dos modos dominantes, uno más explícito que el otro. Varios autores distinguen entre la antropología metropolitana o central y las antropologías periféricas (Cardoso de Oliveira 1998). Así puntualizan, primero, la asimilación entre la localización geopolítica de las escuelas antropológicas y la división internacional del trabajo intelectual académico-antropológico. Esteban Krotz, p.e., se refiere a la asimetría entre las Antropologías del Norte y las del Sur, en cuanto a sus áreas de investigación, insumos investigativos, autoridades de formación y referencia, y estratificación de las titulaciones (1993). Segundo, también señalan la articulación entre localización geopolítica y papel académico-institucional de dicha producción intelectual. Stocking, p.e., se refiere a antropologías dedicadas al *empire-building*—las antropologías centrales—y de *nation-building*—mayormente periféricas.

Paralelamente, y henos aquí con la caracterización más implícita, numerosos estudios muestran que la periferia no es homogénea, pero sus analistas no califican a esta heterogeneidad en términos teóricos o con referencia a los pueblos estudiados, sino por gentilicios nacionales—antropología venezolana (Vessuri 1995), catalana (Cardoso de Oliveira 1995b), etc. En estos adjetivos convergen historias estatal-nacionales, procesos académicos y políticos, influencias académicas y políticas externas, etc. Algunos autores prefieren designar a estas diferencias no como “antropologías nacionales” sino como “estilos nacionales” (Cardoso de Oliveira 1995a); se implica así la existencia de una matriz común a la academia antropológica universal que asegura la conmensurabilidad de lo humano, pero arraigada en academias nacionales con diferentes estilos, acentos, perfiles, como se trasluce en el título de Marisa Peirano a su análisis de las antropologías brasileña, india y estadounidense: *Una antropología en plural* (1991).

Preguntarse si existen, realmente, “antropologías nacionales” en el caso de una disciplina que reivindica la unidad del género humano, en el marco de la transmisibilidad inherente al saber científico, y en el contexto de la globalización de capitales, información, armamento y status académicos, puede parecer un contrasentido o incluso

un anacronismo. Pero, como argumentaremos aquí, hablar de “antropologías nacionales” aún tiene vigencia porque da cuenta de algunos aspectos de la organización académica y su frecuente dependencia de la organización estatal; y, también, porque habla del sentido que imprimen los antropólogos a su labor y, por ella, a su lugar en la sociedad nacional e internacional.

A través del análisis de la producción édita e inédita correspondiente al período 1965-1975 de cinco antropólogos argentinos intentaremos mostrar que la dinámica estatal-nacional y la caracterización de la nación, son inherentes al posicionamiento de la antropología como delimitadora de un campo intelectual, el cual que provee tanto un conocimiento histórico-social específico como contextos de autoridad disciplinaria. Al cabo de estas páginas quisiéramos haber puesto de manifiesto que lo ineludible de la referencia nacional y estatal de la práctica antropológica reside no en detectar contenidos intrínsecamente nacionales—al modo de la literatura esencialista sobre la etnicidad—sino en reconocer el proceso de construcción de mediación autorizada entre el Estado y la sociedad civil para la identificación y caracterización de la Otridad interna a la Nación.

I. DE LA REGIÓN A LA NACIÓN ANTROPOLÓGICA

Desde la “revolución funcionalista” (Kuper 1973), el objeto de conocimiento antropológico dejó de ser definido en términos universales como la reconstrucción hipotética de los orígenes de la humanidad, esto es, desde la alteridad “presente-pasado”, para localizarse en el estudio intensivo y global (“holístico) de grupos humanos reducidos, cuya relación con el mundo occidental del investigador era el eje “nosotros-ellos”. Dicho objeto de conocimiento comenzó a ser estructurado por las academias metropolitanas en términos regionales, delineando al interior del mundo extra-occidental problemas de investigación concomitantes. Así, las antropologías británica, francesa y norteamericana se erigieron a sí mismas como universales con énfasis regionalizados; surgieron entonces especializaciones y departamentos “caribbeanistas”, “latinoamericanistas”, “indianistas”, etc.

Esta regionalización, resultante también de procesos histórico-políticos y, en particular, de la división metropolitana del mundo extra-occidental, implicó el trazado de líneas analíticas y temáticas distintivas, basadas en la identificación de ciertas problemáticas con áreas geográfico-culturales: la reciprocidad (tipo *Kula*) con Melanesia, la estratificación social de *castas* con la India, las relaciones sociales basadas en la *vergüenza y el honor* con el Mediterráneo, los linajes con el Africa oriental, entre muchos otros ejemplos. Así, la asociación entre región y formulación de problemáticas particulares derivó en la elaboración de conceptos diacríticos—“intercambio”, “linaje”, “vergüenza”—que se convirtieron en encarnaciones casi totémicas de la región, trazando un campo según el cual se definían las cuestiones “apropiadas” y “urgentes” para su estudio, los cánones de presentación y las audiencias, y también las imágenes que los no-especialistas reciben y reproducen del área en cuestión (Fardon 1990).

La formación en los ‘60 de estados nacionales en la parte del mundo que los antropólogos Occidentales habían definido tradicionalmente como su campo empírico fragmentó las regiones culturales con la variable estatal-nacional. Esta variable intervino de dos maneras: remodeló los sistemas académicos, generando instituciones universitarias con normativas, prioridades y financiamiento estatales, y generó una *intelligentia* abocada a la construcción-legitimación de la nueva unidad político-social, la Nación.

Sin embargo, y pese a que los contextos de producción disciplinar fueron siempre nacional-estatales (incluyendo aquí a las antropologías imperial-coloniales), el complejo Nación-Nacionalidad-Nacionalismo se constituyó tardíamente en objeto de conocimiento

antropológico. Ello puede deberse al desprestigio de todo lo relativo a lo nacional tras la II Guerra Mundial, y a que movimientos de afirmación nacionalitaria y estados nacionales han sido más partidarios de la homogeneidad que de la diversidad cultural, mientras los antropólogos se interesaron, tradicionalmente, por agrupamientos sociales concebidos como “al margen” de los procesos históricos modernos y de la formación de los estados nacionales (Eriksen 1993).

Esgrimida por mucho tiempo como el nombre de la particularidad cultural y las esencias primordiales, la “Nación” se revela en la literatura desde los ‘80 como una construcción cultural que, según Michel-Rolph Trouillot, “operates *against the background of political power /.../ that offers some claim to homogeneity in relation to political power*” (Trouillot 1990:25. Énfasis original). Como concepto mediador entre la sociedad y el poder político, cada Nación presenta peculiaridades que resultan de procesos histórico-sociales específicos con sus distintas acepciones y prácticas de pertenencia nacional.

La antropología, en vez, se ha sustentado sobre una imagen de universalidad, aunque cuando ciertas academias comenzaron a hacer oír su voz como “academias nacionales” en los ‘60, la transnacionalidad disciplinaria empezó a ponerse en cuestión². Así, la institucionalización de las antropologías, circunscriptas por normativas, subsidios y tradiciones teóricas y culturales a los límites jurídicos de los estados nacionales modernos, redundó en el trazado de campos temáticos, problemáticas, ejes conceptuales y audiencias, creando un espacio de definición recíproca entre el estado y la sociedad, en el cual los antropólogos, entre otros intelectuales, se erigieron como mediadores focalizados en la identificación y caracterización de los Otros internos a la Nación. Esa mediación adquirió caracteres específicos según los procesos académicos, políticos y sociales, y según las definiciones de Nación y de Otridad resultantes de dichos procesos.

II. LA ORGANIZACIÓN NACIONAL DE LA ANTROPOLOGÍA ARGENTINA

Aunque en los ‘50-‘60 la mayoría de las naciones-estado latinoamericanas ya contaban con un siglo de vida independiente, sus academias antropológicas—museos e institutos de investigación—comenzaron a organizarse recién entonces como carreras profesionales. En Latinoamérica la asistencia que prestó la Antropología a los respectivos Estados para imaginar la Nación se remonta a los procesos de centralización estatal, territorial y cultural que datan de la segunda mitad del siglo XIX. En los ‘50-‘60, la realidad latinoamericana era bien distinta. Las elites políticas y las *intelligentzias* se abocaban a “modernizar” a sus sociedades y a concluir la transición de sus bolsones más tradicionales—generalmente identificados con áreas de fuerte poblamiento indígena, en el marco mundial de la guerra fría. En lo político se aspiraba a instaurar democracias liberales incluyendo a las masas como nuevos actores políticos, y en el plano económico a consolidar la industrialización sustitutiva de importaciones iniciada en los ‘30. Esta dinámica también puede ser subsumida bajo el rótulo de procesos de *nation-building*, ya que la construcción de la Nación no es, nunca, un proceso acabado. Sin embargo, y a diferencia de su etapa fundacional, la Nación como forma cultural-política en América Latina gozaba en los ‘50 de amplio consenso en los respectivos Estados como en las sociedades civiles y políticas.

Ahora bien. Pese a sus similitudes, el desarrollo y perfil de la Nación y de las antropologías latinoamericanas no fueron homogéneos ni en sus referentes teóricos, ni en el lugar que sus profesionales decidieron—y pudieron—delinear para su disciplina y para sí mismos. Este lugar dependió de los procesos académicos y su articulación con los

procesos políticos y las definiciones alternativas de la Nación, que frecuentemente incorporó desarrollos disciplinarios anteriores, y conceptos diacríticos tipificadores de la región, aplicados ahora al interior de las jurisdicciones estatales.

La “subregión” latinoamericana conocida como Cono Sur—Argentina, Uruguay y Chile—ha carecido de visibilidad teórica en el universo disciplinar. La antropología argentina pre-profesional nació junto a los intentos del Estado de la República Argentina³ de forjar una Nación moderna, europea y blanca en el mar latinoamericano mestizo. El concepto moderno de Nación acuñado en este país por los intelectuales “organizadores” siguiendo el modelo democrático-universalista francés, sostenía la incorporación por contrato a la nacionalidad, y no el primado de pertenencias etno-culturales. El Estado debía ser el primer garante de igualdad entre ciudadanos, igualdad entendida como férrea homogeneización de una sociedad donde convergían aborígenes, criollos e inmigrantes.

Simultáneamente con el exterminio de la organización política soberana indígena entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, los padres de la antropología argentina y sus discípulos se dedicaron a reconstruir el pasado pre-hispánico y los orígenes de la humanidad en esta porción de América del Sur (Fígoli 1995). El espacio argentino se definía como culturalmente periférico⁴ con respecto a los centros civilizatorios de las tierras bajas—el sur Guaraní y Tupinambá—y altas—los márgenes australes de las sociedades reunidas por el Incario. Según estudios de fines del siglo XIX a mediados del XX, la Argentina debía investigarse en los confines: su extremo nororiental, por la sección sur del Gran Chaco; su porción central y sur con los cazadores pampeanos y patagónicos; y su borde noroccidental con pueblos de origen quechua y aymará (Fígoli 1995).

La profesionalización universitaria de las Ciencias Antropológicas se produjo en 1957-8 en la Universidad de La Plata y en 1958 en la Facultad de Filosofía y Letras del centro universitario nacional—la Universidad de Buenos Aires (en adelante UBA)—, en el contexto de la modernización nacional y universitaria. Precisamente dos años antes, en esa misma Facultad se creaban tres disciplinas sociales—Sociología, Ciencias de la Educación y Psicología—destinadas a convertirse en asistentes universalistas de la modernización planificada. Sus profesionales deberían abocarse a la investigación, la intervención y el planeamiento de una Nación a la que se concebía como escindida entre un polo moderno y un polo tradicional. En el caso particular de Sociología, dirigida desde 1956 por el sociólogo ítalo-argentino Gino Germani, el paradigma dominante de la modernización permitía explicar por qué una sociedad con migración europea, sin rémora esclavista ni bolsones indígenas significativos, no había podido desarrollarse en el sentido de los *new countries* de zona templada (Australia, Nueva Zelandia, Canadá). Ese atraso, sostenían, obedecía al populismo autoritario peronista, cuyas raíces debían buscarse, a su vez, en el caudillismo tradicionalista “del interior” argentino. Así, la primera escuela de “sociología científica” definía al Otro argentino como el polo tradicional de la Nación que irrumpía en el polo moderno con prácticas políticas calificadas de pre-liberales. El migrante interno abonaba el populismo peronista, operando como una cuña retrógrada en el progreso industrial y la democracia (Neiburg 1997).

Este Otro interno de la Argentina no era sólo una creación de la Sociología, sino también de la sociedad política y civil que se desarrolló desde los años ‘30 con el *boom* de las migraciones internas hacia los centros urbanos—Buenos Aires, Córdoba, Rosario—y con el surgimiento de la Argentina de masas desde el advenimiento del peronismo desde 1943. Y si bien el gobierno de Perón había caído en su segundo mandato con el golpe cívico-militar de 1955, sus residuos eran más difíciles de derribar. La Universidad modernizadora era una expresión más, al nivel de la intelectualidad, de esa Argentina anti-y postperonista, caracterizada por la persecución de los seguidores del régimen

depuesto, y la proscripción de ese movimiento y de aquellas expresiones, íconos y símbolos que lo evocaran (Neiburg 1997). En efecto, si algún concepto diacrítico produjo la Argentina de entonces para las problemáticas de las Ciencias Sociales latinoamericanas, éste provino de la política: el “peronismo” como emblema del populismo. El segundo concepto, que gozó de gran popularidad en el mundo académico y que fue elaborado en el Cono Sur, fue el de “marginalidad”. Sus teóricos instalados en Santiago de Chile (DESAL) y Buenos Aires (Departamento de Sociología de la UBA e Instituto Di Tella) buscaban resolver por distintas vías, las difíciles transiciones económicas, políticas y sociales de los países latinoamericanos, amarrados a un subdesarrollo de empecinada persistencia⁵.

Entre tanto, la carrera de Ciencias Antropológicas no participaban de esta orientación, sino que—en la línea de las investigaciones de las últimas décadas—se encontraba más abocada a continuar explorando los orígenes del poblamiento americano, el período prehispánico (Arqueología Prehistórica), las supervivencias hispano-indígenas (Folklore) y la mentalidad de los aborígenes (Etnología), que en encontrar en éstas temáticas relevantes para la configuración de la Argentina moderna (Visacovsky et.al. 1997). Con algunas excepciones que no lograron cristalizarse en una escuela u orientación autónoma⁶, el puente entre los objetos iniciales del estudio antropológico y la sociedad nacional aún no había sido tendido, ubicándose la primera carrera de Ciencias Antropológicas en la periferia temporal—el pasado prehispánico y de síntesis indígena-española—y espacial—Nordeste, Noroeste, Sur—de las transformaciones nacionales, tales como los movimientos sociales, los flujos migratorios y el tumultuoso proceso político del primer postperonismo, del cual la Universidad formaba parte.

Esta orientación revelaba un profundo acuerdo de la primera antropología oficial con la imagen deseada (más que real) elaborada por los ideólogos decimonónicos de la Argentina: el Otro interno de la Nación era no sólo pre-moderno sino que, como tal, pertenecía a un pasado dejado definitivamente atrás. En vez, los “problemas sociales” a los que se abocaba la Sociología, aunque con raíces pretéritas, correspondía al presente. Así, mientras la Sociología Germaniana se involucraba con una decisión práctica, las Ciencias Antropológicas se regodeaban en el saber comparativo, distante de toda gestión.

Pero las primeras promociones de licenciados en Ciencias Antropológicas que comenzaron a egresar en 1963-64 se abrieron a nuevos rumbos, intentando llevar su especialidad a campos hasta entonces no ensayados en la Argentina. También en el contexto de las transformaciones políticas en Latinoamérica y en el mundo, algunos graduados de distintas carreras de Filosofía y Letras de la UBA, regresaban ahora al país de alguna universidad metropolitana para emprender sus investigaciones o para hacer su trabajo de campo doctoral. Así, para fines de los ‘60, la Argentina contaba con un creciente número de antropólogos que no se definían ni como folklorólogos, ni como etnólogos, ni tampoco como prehistoriadores, sino como otra cosa que, prontamente, recibió el nombre de Antropología Social. En la Argentina esta designación no remitía a las escuelas dominantes de los EE.UU. y Europa Occidental, sino que se definía, por oposición, a la Antropología oficial, por una práctica próxima a la gestión y al análisis de la Argentina moderna. Sus nuevos cultores se definieron como intelectuales comprometidos con la realidad nacional, reformulando los debates metropolitanos desde el contexto y el pensamiento latinoamericanos.

El puente que estos antropólogos comenzaban a tender entre los ‘60 y los ‘70 entre el objeto antropológico y la sociedad nacional desafiaba la caracterización de la Argentina como una sociedad dual tradicional-moderna; muchos de ellos desarrollaron sus investigaciones en ámbitos extra-académicos y en universidades periféricas argentinas. Integrantes de una generación de antropólogos que expandió su práctica

académica y profesional antes de la ruptura autoritaria de 1975-76⁷, serían algunas de sus víctimas físicas y académicas, interrumpiendo desde entonces sus investigaciones, abandonando sus afiliaciones institucionales, y también dejando el país. Quedaría así trunco, en una fase aún prematura, el desarrollo de la Antropología Social argentina entendida y practicada como Antropología de las Sociedades Complejas, aplicada no a ratificar la imagen de un país blanco, civilizado, moderno y europeo, sino a describir, analizar y explicar las bases de una Nación contradictoria y desigual.

A continuación expondremos los perfiles, las investigaciones y las nociones que elaboraron cinco de estos antropólogos sociales acerca de su quehacer profesional y del contexto nacional de su quehacer. Su selección obedece, primero, a sus intereses centrados en una región argentina periférica al centro político y económico del país; y segundo, a su localización académica fuera de las dos universidades ubicadas en el centro político-económico argentino: La Plata y Buenos Aires⁸.

III. PERFILES

Los investigadores a que nos referiremos aquí no conformaban un grupo en términos de una misma pertenencia académica, pero se conocían, habían participado en alguna investigación y mantenían encuentros para discutir resultados provisionales de sus trabajos. Pese a sus distintas trayectorias universitarias y áreas de indagación, tenían importantes coincidencias en su posición académica y en sus enfoques disciplinarios.

Ese conjunto, entonces, estaba compuesto por dos nativos de la provincia de Santiago del Estero, Hebe M.C.Vessuri, licenciada en Letras en la UBA y doctorada en Oxford en 1971, y Eduardo P. Archetti, licenciado en la carrera de Sociología de Buenos Aires, y doctorando en antropología en *l'Ecole Pratique des Hautes Études* (se doctoraría en 1976); M.Esther A. de Hermitte, la más veterana del grupo, era capitalina y licenciada en Historia en la UBA, y luego Philosophical Doctor en el departamento de Antropología de la Universidad de Chicago en 1964; Leopoldo J. Bartolomé, de la provincia de Misiones, quien obtuvo su licenciatura en Ciencias Antropológicas en la UBA y se doctoró en esta disciplina en Madison, Wisconsin, en 1974, y el antropólogo capitalino licenciado en Buenos Aires en la orientación de Folklore, Santiago Bilbao, sin estudios de postgrado en la Argentina ni en el exterior. En suma, todos habían egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y alcanzaron la profesionalización académica en antropología. Asimismo, localizaron sus investigaciones en el medio rural del norte argentino; en el noroeste Hermitte y su asistente Carlos A. Herrán, quienes desarrollaban una investigación para el Consejo Federal de Inversiones (en adelante CFI) y el Instituto Di Tella, centrada en el sistema de producción y comercialización de ponchos, mantas y pimentón en una localidad de la provincia de Catamarca. Vessuri completó en 1970 su investigación doctoral sobre el sistema de "finca" de Santiago del Estero, pasando luego a desarrollar investigaciones entre peones de la caña de azúcar en Tucumán. En el Nordeste, Archetti y su esposa noruega Kristi Anne Stolen realizaban su trabajo de campo doctoral en el norte de Santa Fe con colonos de ascendencia friulana productores de algodón, mientras Bartolomé lo hacía en Apóstoles, Misiones, con colonos yerbateros ucranianos y polacos. Bilbao había ido virando la localización de sus trabajos siguiendo el sistema de migraciones estacionales del norte argentino; de Santiago del Estero, donde trabajó entre 1963 y 1965 desde el Instituto Nacional de Antropología (INA, organismo dependiente del Poder Ejecutivo Nacional), pasó al Chaco en 1967 conjuntamente con su ingreso al Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), para arribar a Tucumán en 1970, donde asistió la reconversión productiva de una plantación azucarera tucumana de la propiedad privada a

la autogestionada por los peones cañeros.

La afiliación institucional de estos investigadores fue externa a la UBA; algunos se asentaron en instituciones próximas a sus ámbitos de estudio. Mientras Bilbao transitaba con el INTA de provincia en provincia, Archetti y Stolen se establecieron en la Universidad del Litoral con sede en la ciudad de Santa Fe; Bartolomé se afilió en la Universidad del Nordeste, en la carrera de Trabajo Social; Hermitte y Herrán integraban el plantel de científicos sociales del Instituto Di Tella de Buenos Aires, pero también estaban contratados por el CFI, otra institución de alcance nacional orientada al desarrollo regional. Tras doctorarse, Vessuri dirigió el Instituto de Investigaciones de Agronomía y Zootecnia de la Universidad de Tucumán. Esta localización periférica obedecía tanto a razones prácticas como de índole política, ya que la intervención militar de la Revolución Argentina entre julio de 1966 y mayo de 1973 no daba lugar a la Antropología Social; quienes ocupaban las cátedras de la carrera de Ciencias Antropológicas de la UBA se dedicaban a la etnología, la arqueología prehistórica y el folklore tal como habían sido definidos en 1958.

La perspectiva de estos trabajos estaba inspirada en un perfil disciplinar que debía dar cuenta de sociedades complejas en sus múltiples articulaciones de clase, región y poder. Para ello se basaban en el trabajo de campo etnográfico intensivo en una zona limitada, aplicando generalmente un enfoque holístico que vinculaba diversas dimensiones de la vida social. Estas dimensiones estaban ancladas en un aspecto considerado central y organizador de la sociedad: el acceso a los medios de producción, fundamentalmente la tierra, y la venta de fuerza de trabajo.

El destino en la Argentina de estos investigadores fue muy similar. Tras el breve interregno democrático de 1973-1974, el *in crescendo* de violencia política y terrorismo de estado de 1975 y la irrupción del golpe militar del PRN en 1976 envió a Archetti, Stolen, Bilbao y Vessuri al exilio externo—Noruega/Ecuador, Venezuela—, mientras que Hermitte, Herrán y Bartolomé permanecieron en el país, pero alejados de las instituciones académicas oficiales. En este contexto, y contradiciendo los más negros pronósticos, Bartolomé implementó en la provincia de Misiones una licenciatura en Antropología Social orientada a la resolución de problemas sociales, con énfasis en la gestión y la consultoría; pese a las reiteradas acusaciones de infiltración ideológica de las que eran objeto sus profesores, la novedosa y atrevida iniciativa pudo consolidarse gracias a la importancia geopolítica de la región, puesta de relieve con la construcción de la represa hidroeléctrica argentino-paraguaya Yacyretá. La carrera de Ciencias Antropológicas de Buenos Aires continuó dentro de los moldes tradicionales de la triple orientación en arqueología prehistórica, etnología y folklore, prestando escasa atención al desarrollo de una antropología social catalogada por la figura central del departamento, Marcelo Bórmida, como una disciplina demasiado nueva y ecléctica, más afín a la sociología que a la antropología (Bórmida 1976)⁹.

IV. LAS INVESTIGACIONES

Antes de introducirnos en la actividad académica expresada en la práctica textual de estos autores, es necesario aclarar que al optar por designar como “etnografías” a la producción escrita que analizaremos, somos conscientes de que la misma dista de ser homogénea, y de que estos antropólogos sociales no solían designar de este modo a lo que hacían. Ellos más bien compartían con la antropología de la UBA y con orientaciones antropológicas metropolitanas la homologación de la “etnografía” al estudio de “lo primitivo” y a la etapa primaria de recolección de datos y exposición “meramente” descriptiva. Quienes se preciaban de su orientación antropológica se definían como

“etnólogos” y “antropólogos sociales”, y a su producción como “etnología” y como “monografía antropológica” respectivamente. En el caso de los antropólogos sociales, uno de los aspectos salientes de su producción fue la preocupación por generar un conocimiento empírico que iluminara la tensión entre problemas de la disciplina y perspectivas profesionales o del sentido común locales. Al designar a estos materiales como “etnografías” pretendemos destacar que los mismos expresaban una perspectiva disciplinar, un modo de presentar la evidencia articulada con la teoría y con el trabajo de campo intensivo, en marcado contraste con el ensayo y el análisis especulativo (Guber 1993/4, Visacovsky 1995).

Pocas de estas investigaciones se publicaron como volúmenes únicos, y menos aún alcanzaron al público argentino en idioma castellano. Por nuestra parte, y siempre dentro de lo posible, hemos decidido focalizar en etnografías completas, aún cuando se mantuvieran inéditas (p.e., Vessuri); a falta de ellas (p.e. Hermitte) hemos optado por las publicaciones académicas y no por los informes elevados a entidades de gestión, debido a que fue su formación y ejercicio académico el que guió más tarde su desempeño como consultores. Bilbao prefirió desempeñarse en el ámbito profesional más que en el académico, lo cual se tradujo en una escasa producción textual que no debe oscurecer, sin embargo, la vastedad de su contribución a la comprensión del sistema productivo en el norte argentino. En todo caso, hemos optado por analizar las obras que consideramos mejor sintetizan el pensamiento de cada autor en aquel entonces, y de las cuales derivaron artículos académicos e informes de gestión¹⁰.

Las tesis de doctorado de Archetti y de Stolen se reunieron en un volumen publicado en 1975 por la editorial Siglo XXI de Buenos Aires, *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Porque a través suyo el nivel de reflexión de los autores alcanzó al público lector especializado, hemos decidido centrarnos en este libro, dejando para otra instancia el análisis de la tesis doctoral de Archetti (1976) y un documento de discusión/publicación editado por el CEDES (Centro de Estudios del Estado y la Sociedad) en 1988 sobre las ligas agrarias. La tesis de doctorado de Bartolomé *The Colonos of Apóstoles: Adaptive Strategy and Ethnicity in a Polish-Ukrainian Settlement in Northeast Argentina*, presentada en 1974, fue publicada en los EE.UU. en 1991 con el mismo título (New York, AMS Press), y hasta el momento de escribir estas páginas no había sido publicada en la Argentina ni en ningún país de lengua castellana. La tesis de *Vessuri Land Tenure and Social Structure in Santiago del Estero*, Argentina, no se publicó ni en inglés—la lengua en que fue escrita—ni en castellano, aunque sí se volcó en artículos en revistas especializadas. Defendida en 1971 ante el comité doctoral, es un extraordinario ejemplar de la escuela británica en antropología social, siendo el primer pie académico de la autora en el norte argentino. La investigación de Hermitte en la provincia de Catamarca se presentó en un informe al CFI, *Asistencia técnica en materia de promoción y asistencia de la comunidad en la provincia de Catamarca* (1972), el cual no fue difundido, y en publicaciones en la Argentina y en los EE.UU. Aquí nos detendremos en tres artículos que sintetizan y amplían para un público de expertos el argumento del informe: “Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino” con Carlos A. Herrán, publicado en *Revista Latinoamericana de Sociología* de 1970; “Ponchos, Weaving and Patron-Client Relations in Northwest Argentina” en el volumen compilado por Arnold Strickon y Sidney Greenfield *Structure and Process in Latin America*, en 1972; y con el historiador Herbert Klein “Crecimiento y estructura de una comunidad provinciana de tejedores de ponchos. Belén 1678-1869”, un documento de trabajo del Instituto Di Tella de 1972 que publicaron David L. Browman y Ronald A. Schwartz en su compilación de 1979, *Peasants, Primitives, and Proletariats. The*

Struggle for Identity in South America.

En el caso de Bilbao nos hemos concentrado en dos publicaciones de *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, “Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del Chaco Santiagueño” (1964-5) y “Migraciones estacionales, en especial para la cosecha del algodón en el norte de Santiago del Estero” (1968-71) correspondientes a sus primeros trabajos en Santiago del Estero. El rastreo de su producción posterior en el INTA es más difícil ya que muchos de sus informes elevados a la institución se han perdido. Pero llegaron a nosotros “Cinco movimientos juveniles rurales: reseña comparativa”, de 1968, realizado en Presidente Roque Sáenz Peña, Chaco, y “El minifundio cañero de Tucumán”, de 1972. Este último artículo representa la etapa tucumana de Bilbao y de Vessuri, con quien compartió alguna publicación (Vessuri & Bilbao 1976). La decisión de no incluir esta etapa tiene su justificación y también su costo. Por una parte, necesitábamos acotar la muestra textual de los autores, y consideramos que la complejidad de lo realizado en Tucumán merecía un artículo por sí mismo, además de mayor información con la que por ahora no contamos. Fundamentalmente, pensamos que la figura de Bilbao ofrecía la condición de articulador entre una carrera antropológica no-modernizadora, de la cual había egresado, y el proyecto de utilizar a la Antropología como herramienta para la transformación social. Esta transición es clara en sus primeras publicaciones. Ello no obsta para señalar que un buen análisis de dicha etapa iluminaría el puente entre intelectuales académicos e intelectuales comprometidos que muchos de los antropólogos de este grupo encarnaban, y sobre cómo incidió este proyecto en su destino final en la Argentina y en el destino de la Antropología Social de este país.

En todo caso, el universo textual elegido parece adecuado para comenzar a aproximarnos a una caracterización de la Argentina y del lugar del antropólogo social que discutía perspectivas hasta entonces dominantes de la Nación, de la labor antropológica y del pensamiento sociológico.

Hasta los tempranos ‘60, y desde la segunda mitad del siglo XIX, la Argentina era caracterizada como un espacio de producción predominantemente agropecuario templado cuya Pampa Húmeda, sede del trigo, el maíz y el girasol, había cautivado la atención de cronistas y estudiosos de la llamada “Pampa Gringa”. La mayoría de las investigaciones realizadas en el país se venía ocupando de esta región, del *capitalist farming* y de la sociología industrial, ignorando otras áreas a las que concebían como pobres, subdesarrolladas y/o psicológicamente deficientes. La población rural concitaba interés en tanto se convertía en migrante, mientras aquella dedicada a explotaciones de cultivos industriales para la exportación o el consumo argentino, apenas si era tenida en cuenta en los trabajos de sociólogos y economistas. Asimismo, la integración de diversos aspectos de la vida social del campo argentino—organización económica, social y doméstica, sistema de creencias, y relaciones de poder—no quedaba comprendida en dichos estudios. Allí quedaban, pues, los pobladores de las colonias de población europea establecidas en las provincias de la frontera agrícola—Misiones, Chaco, Entre Ríos—, de los minifundios y latifundios de las viejas provincias del noroeste—Catamarca, Santiago del Estero—y el proletariado rural de los sistemas de plantación tropical y subtropical—Tucumán, Salta y Jujuy—. Ello consolidaba una imagen de la Argentina a tono con la que sus modernos organizadores habían promovido en la segunda mitad del siglo XIX: una Nación moderna, progresista, industrializada y plenamente integrada al mercado mundial capitalista, con un interior que tarde o temprano se sumaría al progreso.

Paralelamente, los estudios antropológicos dominantes hasta principios de los ‘60s se abocaban a poblaciones aborígenes, centrándose en la descripción de sus productos culturales y posibles circuitos de difusión, así como en la identificación de sus

cosmovisiones mítico-religiosas; y al rescate de pautas tradicionales en vías de extinción, con énfasis en las llamadas manifestaciones tradicionales, como fiestas, creencias o relatos orales (cuentos y leyendas folklóricas) de naturaleza sincrética (cristiano-indígenas), que circulaban en los bolsones criollos de las provincias de más temprano poblamiento hispano. El área predilecta de los etnólogos era el nordeste chaqueño y el sur pampeano-patagónico; la de los folklorólogos eran las provincias del noroeste¹¹ y en el nordeste, el área de influencia hispano-guaraní, fundamentalmente la provincia de corrientes. En uno como en otro caso, y siempre apelando a gruesos esquematismos, predominaban los estudios de comunidad cerrada, con poca atención en su articulación con la región y la sociedad nacional.

Los antropólogos cuyas obras vamos a reseñar a continuación se ocuparon de esas mismas áreas, pero apelando a conceptos, enfoques y caracterizaciones muy distintos con los cuales replantearon el lugar de las regiones en el contexto nacional, y la legitimidad de las disciplinas para su estudio.

i. Santiago Bilbao 1964-1967

Cronológicamente, Bilbao fue el primero de este conjunto en acometer la investigación del norte argentino. Licenciado en Antropología en la orientación de Folklore, y formado al lado del folklorólogo Augusto R. Cortazar y el arqueólogo Ciro R. Lafón, Bilbao emprendió su primera experiencia de campo autónoma entre 1964 y 1968 en una provincia objeto del Folklore, Santiago del Estero; de ahí que fuera el INA la institución que le encomendara esta investigación. Subsidiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y por el Instituto Torcuato Di Tella, se publicó parcialmente en los *Cuadernos del INA*, y en el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CICSO). Sin embargo, al seleccionar dos departamentos provinciales cuyas características los emparentaban geográfica y culturalmente también con el área chaqueña, territorio preferencial de la etnología, Bilbao modificaba el sistema de clasificación disciplinaria interrogando los límites entre la etnología y el folklore¹².

El norte de Santiago del Estero había sido caracterizado por Palavecino como “área folk del melero” (Bilbao 1964-5:144), agente de características “marginales” por su “aislamiento” (Ibid 143). Desde el punto de vista del Folklore, su estudio constituía una excelente oportunidad para recoger costumbres tradicionales. Sin embargo, no fue éste el objetivo de Bilbao, quien se preocupó por explicar el aislamiento en términos de los procesos económicos en curso, tomando por objeto la evolución de los patrones productivos y las formas de explotación en la zona, y su vinculación con los flujos poblacionales en función de demandas de mano de obra o asentamientos de propietarios.

Además, Bilbao indagaba las clasificaciones etnológicas. En la senda abierta por Palavecino, Bilbao se interesó por el indígena a partir de su contacto con “lo blanco y europeo” (Ibid 146), porque recuperaba así una imagen más fiel de la realidad indígena en su presente. El concepto de *aculturación*, que recibió de Palavecino, constituyó el arsenal interpretativo central. Al concebir al indio “en contacto”—y, aún más, concebirlo en esos términos a lo largo de todo el desarrollo histórico nacional—abandonó pretensiones de reconstrucción de “lo indio” en estado puro. Igual que con la “comunidad folk”, no era posible pensar en una esencia indígena. La relación entre una lectura centrada en patrones económicos y una caracterización de las poblaciones llamadas “indígenas” como “aculturadas” derivaba en la disolución de la categoría de “indio” a favor de otras como “melero”, “peón” u “obrero”.

Bilbao estableció una periodización del establecimiento humano en Santiago del Estero, en tres momentos: una primera oleada de poblamiento, a la que denominó “del Melero”, entre 1553 y 1883, una segunda “del Ganadero” hasta 1930, y una tercera “del Obraje y la Migración” hasta el presente (segunda mitad de los '60), donde la emergencia

de un nuevo período no suprimía los patrones que caracterizaban a los anteriores pues éstos seguían coexistiendo en diferente grado de subordinación (1967-71:328). En el análisis, donde se combinan fuentes documentales con testimonios obtenidos mediante el trabajo en terreno, Bilbao buscó describir las migraciones estacionales a través de la exposición histórica, ya que aquéllas constituían un patrón estable a lo largo del tiempo. ¿Cómo no caer en la tentación de ver en semejante vigencia una condición inherente a *un espíritu inmanente del pueblo*?

Pero Bilbao evitó el esencialismo: los migrantes no podían ser vistos como los resabios o anclajes de tradicionalidad, ni manifestaciones de una cultura original en vías de extinción. Apoyado en uno de los mayores intelectuales del Noroeste, Bernardo Canal Feijóo, cuestionó la perspectiva de dirigentes nacionales que atribuían la migración a características innatas, al “espíritu errabundo”, al “atavismo nómade” o la “excusa para no trabajar” (Bilbao 1967-71:328). Por el contrario, llamó la atención sobre las causas propiamente económicas de las migraciones estacionales (Bilbao 1964-5:163)¹³, que debían buscarse en la condición de fuerza de trabajo disponible del migrante en busca de mejores oportunidades laborales en el mercado de trabajo regional y nacional¹⁴.

Así, la economía basada en la recolección de miel y cera había dado lugar a individuos errantes en el monte; la explotación extensiva de ganado, la ausencia de alambrados, el agotamiento de los pastizales y la búsqueda de aguadas, habían llevado a los ganaderos a migrar hacia el este y el norte (Bilbao 1964-5:163)¹⁵; y la explotación de la madera en obrajes cercanos a las estaciones de ferrocarril había posibilitado contrataciones temporarias de trabajadores que, a su vez, se dirigían al Chaco a cosechar algodón, y a Tucumán a cosechar caña de azúcar (Bilbao 1964-5:173). En el presente de la segunda mitad de los años 1960s, la migración se continuaba hacia las áreas más desarrolladas de la región (Córdoba) y del país (Rosario y Buenos Aires) donde la industria y los servicios ofrecían fuentes de trabajo inexistentes en el interior (Ibid:186). Bilbao concluía, pues, con una comprensiva caracterización donde vinculaba “las condiciones miserables de vivienda, alimentación y salubridad” (Ibid:189) de los migrantes temporarios, con los prejuicios sobre ellos (borrachos, ociosos, vagabundos, etc.) de parte de las poblaciones locales, y su posición política dependiente de los caudillos paternalistas (Ibid 190).

Aunque el propósito de Bilbao estaba vinculado con el programa desarrollista (1967-71:327), también se alejó de él. El proyecto en el que se enmarca el artículo se proponía evaluar los recursos naturales y humanos de la zona boscosa para su recuperación y desarrollo (Bilbao 1964-5:143). A diferencia de Palavecino, quien demandaba una mayor preocupación sobre la situación indígena del Gran Chaco por parte del estado nacional, con el fin de atenuar los efectos perturbadores de la modernización, para Bilbao la preocupación no provenía del conflicto entre lo tradicional y lo moderno, ni de dificultades adaptativas; más bien, marginalidad, subdesarrollo, aislamiento y pobreza eran consecuencia de la expansión misma del capitalismo que cobraba distintas formas de explotación. En otros términos, si los trabajadores sufrían pobreza y marginalidad era porque estaban “bien adaptados”, de modo que el atraso podía verse como un fenómeno estructural, manifestación de las relaciones de dependencia a nivel nacional (Bilbao 1967-71:355-359). En ese marco no había lugar para mejoras legales o asistenciales que postergaran la solución definitiva, la superación de la estructura dependiente de la producción algodonera, basada en un sistema de relaciones patronales (Ibid 357).

En la más temprana producción de Bilbao se rediseñaban las regiones—los departamentos santiagueños de Copo y Alberdi presentaban elementos del noroeste y del nordeste—y los límites subdisciplinarios—entre el Folklore y la Etnología de entonces—, mientras que diversos conceptos—paternalismo, categorización social y no étnica, patrones migratorios, dependencia estructural—reaparecerían en los textos de los demás autores. Bilbao sintetizaba, así, dos regiones del norte argentino: el noroeste y el nordeste. Con su sociedad caudillesca organizada durante todo el siglo XIX en torno a señores-patronos locales poderosos con sus ejércitos y explotaciones ganaderas y mineras, las viejas provincias del Noroeste habían disputado el poder político a la ciudad-puerto Buenos Aires; el moderno Estado Argentino debió doblegar militarmente a estos caudillos e incorporar a las elites locales al gobierno central en la ingeniería administrativa del nuevo Estado (Botana 1985). La sociedad del Nordeste remitía a una triple frontera: en lo etno-cultural limitaba con el “salvaje” del Gran Chaco cuya población nativa sobreviviente a las campañas militares de 1910 fue proletarizada en su mayor parte (Cordeu & Siffredi 1971); en lo internacional lindaba con las tres naciones-estado del Brasil, Paraguay, Uruguay; en lo agrario contaba con “migrantes estacionales” contratados para la cosecha de algodón, azúcar y yerba mate, y con colonos establecidos desde fines del siglo XIX según los planes oficiales de radicación de familias europeas en áreas rurales de frontera—norte de Santa Fe, Chaco y Misiones.

Ambas regiones diferían marcadamente de la región central con la cual los intelectuales del nuevo Estado de la República Argentina decidieron integrarse al mercado mundial de la segunda mitad del siglo XIX a través del abaratamiento de los medios de transporte marítimos y terrestres (buque a vapor y ferrocarril), y la creciente demanda europea de productos alimenticios (Kern 1983; Denoon 1983-22-ss). La Pampa Húmeda les permitía imaginar a la Nación como lo que los filósofos políticos del primer liberalismo llamaban *new countries*,¹⁶ tierras templadas del hemisferio austral—Argentina, Uruguay, Australia, Nueva Zelandia—concebidos como países de frontera blanca, y por eso encarnaciones quintaesenciales del avance capitalista. Los *new countries* presentan una elevada proporción tierra-trabajo (*high land/labor ratio*), y orientan su escasa fuerza de trabajo libre a productos trabajo-extensivos como la cría de ganado y la producción cerealera (Denoon 1983).

Los ingenieros de la Argentina moderna esperaban que la nueva nación se convirtiera en un polo civilizatorio de la América Latina y, retomando las enseñanzas liberales que, centrados en los Estados Unidos, habían dejado Adam Smith y Alexis de Tocqueville en el siglo XVIII, suponían que este nuevo país corría con una importante ventaja, ya que si las poblaciones aborígenes "were not large enough or central enough to provide labor power for the state" (Maybury-Lewis 1991:226), la población blanca europea podría avanzar sobre las tierras “vacantes” para hacerlas “productivas”¹⁷.

Así, cuando la tierra barata y abundante se ofrece a grupos pequeños de colonos libres, los salarios son elevados, hay pleno acceso a la tierra, y una "*homogeneous community of independent commodity producers*" puede prosperar; ello redundaría en "*the whole moral and intellectual state of a people*", que en palabras de De Tocqueville, promueve la comunidad democrática¹⁸, y favorecen el individualismo, la igualdad y, por eso, la democracia liberal del capitalismo industrial de mercado¹⁹. Se espera, entonces, que las relaciones de producción pre-capitalistas—como las imperantes en el Noroeste—se tornen periféricas y sean absorbidas por la población civilizada y su Estado modernizador. Los *new countries* son fronteras de inmigración y las elites liberales imaginan en ellas "naciones" europeas fuera de Europa. Caracteriza a estas naciones no un trasfondo étnico, sino una nacionalidad cívica fundada en los símbolos patrios, la escolarización gratuita, laica y obligatoria (desde 1880), y la conscripción militar

masculina (desde 1901). Tales serían los instrumentos de argentinización de inmigrantes alemanes, franceses, suizos, noruegos, suecos, franceses, ingleses, italianos, ucranianos y polacos a las colonias de Misiones, de friulianos a las del norte de Santa Fe, y de sirio-libaneses en el noroeste.

Vessuri y Hermitte por un lado, y Archetti, Stolen y Bartolomé por el otro, trabajaban en estas dos regiones focalizando en las relaciones sociales de producción y sus distintas articulaciones con la sociedad nacional. Mostraron así que sus bagajes teóricos debían ser re-pensados a la luz de sus campos empíricos, de cuyo diálogo emergían distintos énfasis conceptuales y formas de argentinización.

ii. *Land Tenure and Social Structure in Santiago del Estero, Argentina*, Hebe Vessuri, 1971.

La tesis doctoral de Vessuri comprende un área del Departamento Banda de la provincia de Santiago del Estero, “un estudio de la estructura social de un área rural en la región irrigada del Río Dulce”(1971:iii. En adelante nuestra traducción); su “foco es sobre el tipo ‘finca’ de empresa productiva, ya que entraña los aspectos más importantes de la sociedad rural” (Ibid).

Organizada en dos partes, la primera se refiere al “Sistema” de la organización productiva de la finca, con su ecología, demografía, propiedad de la tierra, su historia desde fines del siglo XIX hasta la caída de la burguesía rural tradicional en torno a los años ‘30s y su reemplazo por la inmigración medio-oriental, llegando a su funcionamiento actual.

El sistema de acceso a la tierra define una estructura socio-política cimentada en la relación patrono-clientelar como reaseguro de la cohesión social de un sistema productivo inestable y empobrecido de un área económica que la autora define como dependiente y marginal.

“En el curso de este ensayo trataré de mostrar que la forma en que tuvieron lugar en Santiago del Estero la articulación de los modos existentes de producción y su peculiar inserción en el mercado del sistema capitalista responde a una interpretación de la realidad socioeconómica que vería el uso precapitalista del trabajo en una situación de dependencia y marginalidad económica, como la que existe en Santiago del Estero, menos como reflejo de una transición del feudalismo al capitalismo que como refuerzo de aquellos modos de producción precapitalistas y aquellas pautas sociales tradicionales, con miras a minimizar las crecientes desventajas de este área marginal en el marco de un mercado capitalista competitivo”(5).

Precisamente, en sus dos propósitos, “reconstruir las estructuras económicas, sociales e ideológicas condicionadas por la institución ‘finca’ en su período de expansión, y analizar la naturaleza y función del vínculo patrono-cliente en ese contexto” (iii), Vessuri señala los intentos de minimizar las desventajas por parte de los propietarios/patronos y de los trabajadores/clientes.

La segunda parte lleva por título “La organización social de los pobres”, pues allí Vessuri intenta dilucidar cómo afrontan los desposeídos el progresivo empobrecimiento del sistema económico. Su respuesta es evidente en los títulos de cada capítulo: “El dominio doméstico”, “La red de parentesco”, “Vecindad y amistad”, culminando con la proyección del vínculo patrono-clientelar al mundo sobrenatural: “Los patronos religiosos”.

De modo que la obra opera principalmente en la dimensión estructural-económica—la institución de la “finca” santiagueña--, la social—el vínculo patrono-cliente—y la histórica—las transformaciones y reajustes de la “finca” y de la clase dominante desde 1880 hasta la actualidad.

La “finca”, ejemplificada en la unidad de estudio que Vessuri llama “Yuraj Tacu”, donde ha realizado su trabajo de campo intensivo durante un año, es un sistema

productivo y social en zona de monte con necesidad continua de irrigación artificial; la autora se concentra en las explotaciones agrícola-ganaderas que incluyen como producto principal al algodón. Dado que en tal contexto ecológico sólo las propiedades con más de 30 hectáreas son rentables, los propietarios minifundistas y quienes no disponen de tierras deben entrar en algún tipo de servicio para los dueños de mayores extensiones y capital, o bien emigrar para garantizar su subsistencia (27).

Quienes permanecen y quienes emigran, dependen de la finca, entendida como unidad económica y social, para su reproducción: allí está el patrón, allí están los servicios, allí está el empleo para algunos; pero allí también está la familia que cría a la descendencia mientras algunos miembros de la familia prueban suerte en la ciudad, y envían sus remesas a quienes han permanecido. Basamento e imagen de las relaciones económicas, políticas y sociales,

“la finca rural tiene una naturaleza contradictoria. Es una fuerza que en determinados niveles reúne al patrón y a los trabajadores en una comunidad solidaria y, sin embargo, en otros niveles, produce su amargo extrañamiento” (1). ... “uno de los principales temas de este ensayo (es) que la finca y su sistema socioeconómico asociado son una adaptación particular al capitalismo moderno en una región periférica. La fuerza de trabajo de esta región no es absorbida en la forma típica descrita para el capitalismo en países desarrollados, pues no alcanza a transformarse formalmente en trabajo libre con ocupaciones asalariadas caracterizadas por algún grado de estabilidad, y posee un estándar de vida que está muy por debajo del trabajador industrial en la Argentina” (2).

La persistencia del sistema de patronazgo se explica por la posición económica marginal de la zona en un país capitalista dependiente (14-5). A través suyo, clientes y patrones minimizan las desventajas del área en “un nivel dado de inversión de capital que los productores locales pueden afrontar”(15). El patronazgo permite subsanar la contradicción entre la capacidad local de desarrollo y los cambios en la sociedad y la economía nacionales. Sus consecuencias son:

“condiciona al individuo a una posición de dependencia; actúa sobre la vida política, ya que un sistema basado en la estructura de patronazgo restringe la participación en los procesos de decisión a muy pocos individuos; permite a una persona evitar la rígida maquinaria burocrática y contactar a funcionarios sobre bases más personalizadas /.../ las líneas de comunicación a través del sistema burocrático son complejas y difíciles de seguir debido a la distancia social que separa a los pobres rurales de los funcionarios del gobierno en posiciones de autoridad /.../ la lealtad hacia el patrón y la lealtad hacia el grupo familiar /.../ es correlativa con la ausencia de solidaridad comunitaria, expresada en la falta de cooperación y un desarrollo insuficiente de objetivos comunes de la población local. /.../ Es precisamente esta actitud la que ha ocasionado los mayores problemas a los proyectos de desarrollo comunitario intentados por el gobierno (366-7).

El sistema jerárquico y patriarcal del patronazgo se refuerza y evidencia en los aspectos políticos, económicos y sociales, pero también en los cultural-religiosos. “Incluso /.../ entregarse al Demonio es transformarse en su vasallo” (367), lo mismo que a los santos patronos de la localidad. Que este mecanismo genera aceptación y docilidad ante el destino, el privilegio de clase y la explotación (368), muestra una relevancia descomunal para el proceso político argentino. Vessuri esgrime este argumento cuando homologa el patronazgo de Yuraj Tacu con las figuras de Juan D. Perón y Eva Duarte en toda la jurisdicción nacional. Ello no sólo muestra que entre 1945 y 1955 los trabajadores locales pudieron organizarse porque fueron alentados por un poder—o un patrón—mayor cuya estructura era similar pero superior a la de los locales. Muestra además que el legado de la década peronista en el lugar fue el mismo que el de los patronos nativos pero, significativamente, reafirma el carácter dependiente, y sólo en este sentido “marginal”, de Santiago del Estero con respecto a

la nación. Esto se sostiene en un doble sentido: primero, porque el alcance nacional del peronismo, que está por regresar cuando Vessuri hace su trabajo de campo y escribe esta tesis (1969-1970), demuestra los alcances de los vínculos patrono-clientelares en que se basa el peronismo; segundo, porque los bandeños de Yuraj Tacu están sometidos al mismo tipo de vínculos sociopolíticos que el resto de los argentinos, incluyendo a quienes residen en las zonas urbanas e industrializadas del país. Así, Vessuri está mostrando que aunque marginales, los bandeños arrendatarios, medieros y peones, no son un Otro tan distante como podría suponerse. Quizás la Argentina es un país de patrones y clientes.

iii. Esther Hermitte, tres artículos, 1970-1972.

Un interés similar se expresa en otra investigación en la misma región. Como miembro del Instituto Di Tella, Hermitte dirigió la investigación “Sistema económico y estructura de poder en una pequeña ciudad de provincia”. Su trabajo de campo en Catamarca, desarrollado entre 1967 y 1968 con un subsidio del CONICET, se tradujo en algunos artículos publicados en la Argentina y en los EE.UU., y en un contrato con el Consejo Federal de Inversiones para evaluar los proyectos de asistencia comunitaria en esa provincia. El primero de estos artículos se publicó en 1970 en la Revista Latinoamericana de Sociología (2 :293-317) conjuntamente con Carlos A. Herrán, su asistente de investigación. Llevaba por título “¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino”, y estaba destinado a desnaturalizar la visión ingenua de políticos y académicos de la época, respecto a las cooperativas como intentos de crear espacios de poder alternativos a las líneas de poder tradicionales. En el análisis de Hermitte, como en el de Vessuri, la reproducción de patrones tradicionales de relación no se explica en función de atavismos o devociones ancestrales, ni siquiera por el imperio de la costumbre, sino por la existencia de articulaciones desiguales interpersonales, locales, regionales y nacionales por las cuales los sistemas de poder y jerarquía locales refuerzan y son reforzados por sistemas de poder más abarcativos de la sociedad provincial y nacional.

El artículo muestra, entonces, que la iniciativa provincial de creación de cooperativas de producción, tanto aquéllas destinadas a pimentoneros minifundistas como a tejedoras de ponchos y mantas, fracasa sistemáticamente porque estas organizaciones supuestamente igualitarias no pueden sustituir el papel crucial de los proveedores de lana de llama y cueros de vicuña para los tejidos, ni tampoco el de los intermediarios en el proceso de distribución y comercialización, que garantizan la supervivencia de los productores. Ese papel lo desempeñan comerciantes locales (“bolicheros” o “turcos”) y algunos productores con capacidad de acumulación, a quienes los más pobres están sujetos por vínculos de compadrazgo asimétricos o “verticales”. Nuevamente, estas relaciones patrono-clientelares, cimentadas en el sistema de crédito no saldado, permite a los más pobres “hacer la espera” hasta cobrar por la venta de su producción, y a los acopiadores dueños de almacenes (los “turcos”) y a las teleras más consolidadas crear redes sociales y políticas que ratifican su poder económico en las obligaciones de respeto y deferencia que establece el parentesco ritual. Así el/la deudor/a-cliente/a se compromete, vía el parentesco, a prestar servicios económicos, sociales y políticos que refuerzan la esfera de poder de su patrono/a acreedor/a. Es éste/a quien detenta, administra y manipula, en su provecho, las relaciones con las fuentes de financiación y comercialización provinciales y nacionales.

La complejidad de lo que otros enfoques consideran una “comunidad homogénea” queda nuevamente planteada en 1972, en “Ponchos, Weaving and

Patron-Client Relations in Northwest Argentina”. Hermitte se detiene aquí en la novedad introducida en su artículo anterior y que renueva los estudios de relaciones de patronazgo y clientelismo en América Latina. En la catamarqueña “Huarco”, nombre ficticio de la localidad-unidad de estudio, muchos patrones son mujeres, y su fuente de recursos y poder está ligada a la actividad de la tejeduría, allí típicamente femenina. Este patronazgo femenino refiere a una sociedad con amplio dominio de unidades domésticas matrifocales, uniones conyugales efímeras, y el arraigo diferencial por sexos a la localidad, ya que las mujeres trabajan en Huarco; son los hombres quienes emigran.

La centralidad de la mujer en la economía del interior catamarqueño es analizada en otro artículo, esta vez con el historiador norteamericano Herbert Klein, “Crecimiento y estructura de una comunidad provinciana de tejedores de ponchos. Belén 1678-1869”, donde a través de sucesivos censos realizados en el pueblo de Belén, Hermitte analiza el proceso histórico-demográfico desde el período colonial hispánico hasta el umbral de la Argentina moderna. La profundidad temporal de este trabajo es sólo posible en localidades argentinas “viejas” que cuentan con datos provenientes de la muy informativa y engorrosa burocracia española.

“describir el crecimiento demográfico de este notable centro textil y determinar su estructura social fundamental dada la inusual fuerza de trabajo pues, a diferencia de la mayoría de las industrias coloniales, la tejeduría estaba basada en forma predominante, casi exclusiva, en la mano de obra femenina” (2).

Subordinada al esposo-patrón en otros contextos, en Belén la mujer también puede desempeñarse como patrona, punto que adelantándose a su época es de sumo interés para los desarrollos feministas posteriores.

Así, tanto Vessuri como Hermitte destacan el vínculo social del patrono-cliente como la verdadera trama reproductiva de la desigualdad local y de una región periférica de la Argentina.

iv. *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Eduardo Archetti y Kristi-Anne Stolen (1975).

El título de la obra sintetiza, desde un comienzo, la paradoja sobre la cual trabajan los autores. Y es que “explotación familiar” remite a una característica que en la literatura de la época, se atribuye al campesinado, mientras la “acumulación de capital” se asigna al productor capitalista. Pero Archetti y Stolen sostienen que ambos atributos pueden reunirse en un mismo sector productivo, el de los productores de algodón del norte de Santa Fe, conocidos como “colonos”. Por eso su objetivo es doble:

“por un lado, investigar un grupo social significativo de nuestra realidad agraria, y por el otro, aportar al desarrollo de estudios antropológicos de sociedades poscampesinas” (13).

Dónde radica la particularidad de este grupo social? En la organización productiva parcialmente impuesta por el cultivo al cual están abocados. El algodón “es un cultivo industrial que ha estado sometido a continuas crisis de sobreproducción” que con sus “bruscas caídas de precios” y la “aguda descapitalización en otras provincias algodonerías”—Chaco, Santiago del Estero--, provoca el interrogante de “cómo esto se reflejó en una zona que no fue originalmente algodonería” y, más aún, de cuáles son “los efectos de esta situación en productores que, tanto por sus rindes por ha. como por la temprana diversificación, se diferenciaban del resto de los productores algodoneros típicos del país” (13-14). En suma, a los autores les interesa estudiar “la estrategia de adecuación a la situación de precios oscilantes del algodón” (14). Pero el algodón, por su cosecha manual, requiere del trabajo asalariado, planteando según Archetti y Stolen la existencia de dos grupos y su articulación en “relaciones interétnicas que reforzaría

o no la diferenciación social” (14).

Si bien los sujetos de este proceso productivo son tanto los colonos de origen inmigrante externo (friulanos, del norte de Italia) como los cosecheros migrantes internos de las provincias vecinas (criollos), la investigación se concentra en los primeros, un sector que puede identificarse, equívocamente, como “campesinado argentino”. Su visibilidad política ha comenzado a cobrar relevancia gracias al movimiento de colonos propietarios aglutinados desde 1971 en las “Ligas Agrarias” del Litoral argentino. Sin embargo, no es éste un movimiento ni de peones rurales ni de campesinos típicos, sino de un sector más afín a las clases medias, que se despliega en el medio rural. Ello trae aparejadas algunas reflexiones acerca de la naturaleza de la economía campesina y de la poscampesina, pues mientras la primera puede acumular capital pero no cobra una reproducción ampliada, la segunda y, más específicamente, la economía de los *farmers* (el término más adecuado para designar al “colono” en la literatura sociológica agraria) “se reproduce a una escala mucho más amplia, crece y se desarrolla” (15). En efecto, su economía se caracteriza por “generar un excedente” (15). Los autores plantean estos interrogantes y cuestiones, pues, en el marco de los debates sobre el capitalismo agrario, pero mostrando la imprecisión de definir como sólo capitalistas o sólo campesinas a ciertas unidades productivas:

“un ‘farmer’ en la Argentina coexiste con un campesino o con un capitalista o con un terrateniente, pero los mercados no son campesinos; el crédito usurario es menos importante que el crédito bancario y existe un sistema de precios a nivel nacional, características a este nivel más de una economía capitalista que de una economía precapitalista” (16).

Una de las caracterizaciones conclusivas de este estudio es que los colonos no son ni campesinos ni capitalistas, pues si bien recurren al trabajo doméstico y dependen del desarrollo del ciclo doméstico en las decisiones sobre recursos y política inversora, también es cierto que logran un nivel de acumulación de capital que les permite incrementar las fuerzas productivas para apropiar más tierra y nueva tecnología (147). Los autores caracterizan al colono como “farmer”, entendiendo por tal a “un productor que combina trabajo doméstico y trabajo asalariado y que acumula capital, lo que permite, en un lapso significativo, ampliar el proceso productivo aumentando la productividad del trabajo” (149). Para alcanzar esta definición, Archetti y Stolen parten de una discusión sobre los conceptos Marxiano y Chayanoviano de campesino vis-a-vis su discusión antropológica²⁰, en cuyo marco sitúan al estudio.

Precisamente, *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino* es para sus autores un análisis antropológico-social que les permite

“descubrir las categorías mentales de los actores sociales, el modo como interpretan sus múltiples relaciones y actividades y cómo esto se refleja en comportamientos concretos, en decisiones que afectan al sistema global” (15).

Es que un análisis antropológico-social permite contrastar los elementos genéricos de la teoría o “modelos” con las condiciones específicas de la población relevadas a partir del trabajo de campo intensivo, el cual se extendió entre marzo de 1973 y febrero de 1974 (9). Sus resultados, empero, se diferencian de otros estudios típicamente antropológicos como los estudios de “comunidad”, y “una larga tradición etnográfica puramente descriptiva” (17), ya que Archetti y Stolen plantean la necesidad de desarrollar investigaciones empíricas “pero partiendo de problemas teóricos claramente definidos” (17). Estos problemas deben buscarse en otra parte y no en los dos grupos que definen, por entonces, al quehacer antropológico—las sociedades “tribuales” y las campesinas (124-125). Para ellos, “el futuro de la antropología social en la Argentina no debe estar necesariamente vinculado a la existencia de

comunidades de indígenas o de campesinos tradicionales ya que la mayoría de los productores agropecuarios tienen más de poscampesinos que de precampesinos o campesinos a secas” (14).

Esta perspectiva se hace evidente desde el comienzo cuando, en los agradecimientos fechados en Reconquista, provincia de Santa Fe, en agosto de 1974, se encuadran en una comunidad de antropólogos y sociólogos, y también en un sector de la comunidad nacional: los “nativos” de la colonia Santa Cecilia, los miembros de las Ligas Agrarias, los técnicos del INTA, y algunos colegas entre los que se destaca el sociólogo rural Miguel Murmis del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales de Buenos Aires, y antropólogos que no pertenecen a la UBA: los brasileños Moacyr Palmeira y Lygia Sigaud, del Museu Nacional de Río de Janeiro, los argentinos Bilbao y Vessuri, a quienes agradecen especialmente por su apoyo intelectual, y Leopoldo Bartolomé, quien en la Universidad del Nordeste los ha convocado para exponer sus resultados preliminares(10).

v. *The Colonos of Apóstoles*, Leopoldo Bartolomé 1975-91.

Bartolomé se propone “describir y analizar el desarrollo histórico y la configuración actual de un asentamiento polaco-ucraniano localizado en la provincia de Misiones, en el Nordeste argentino” (1. En adelante nuestra traducción). Inspirado en el estudio *Northern Plainsmen: Adaptive Strategy and Agrarian Life* de John W. Bennett (1971) y en los modelos generativos y grupos étnicos como forma de organización social, de Fredrik Barth (12-ss), el autor encara el análisis del “desarrollo de los patrones agrícolas colonos y el rol de la etnicidad en las colonias” (9). Ni las constricciones ecológicas ni la etnicidad son, para dichos autores y para Bartolomé, cuestiones dadas. Los actores manipulan sus condiciones de reproducción dentro de ciertos márgenes.

En efecto, tras once meses de trabajo de campo intensivo en la localidad y distrito de Apóstoles en el sur misionero, el autor se propone dar cuenta de las estrategias productivas adoptadas por dos grupos de colonos inmigrantes, cuyos estereotipos en la provincia los definen como los más retrógrados de las colectividades extranjeras que allí habitan (p.e., alemanes, ingleses, suecos, suizos). Estos estereotipos se corresponden con las estrategias que ambos grupos han adoptado a lo largo de su historia en el lugar, pero esa correspondencia no es simple ni monocausal. Para reconocer esta lógica, Bartolomé analiza modos de vida y de integración de ambos grupos, partiendo del sistema de actividad que caracteriza a Apóstoles: la producción y comercialización de la yerba mate (el “wonder crop”) que es a los colonos apostoleños lo que el algodón a los colonos de Santa Cecilia.

Dichas estrategias son el complejo resultado de - las condiciones de acceso a la tierra, facultada por el programa oficial de colonización agraria de comienzos del siglo XX, y del gobernador Lanusse; - el bagaje cultural que traen consigo los primeros colonos, y - las condiciones socioeconómicas que atravesaron, ya en Misiones, los productores agrarios en el siglo XX.

Si bien la temática de Bartolomé es afín a la de Archetti y Stolen, presenta algunas diferencias que pueden rastrearse en las perspectivas teóricas, pero también en las características de las respectivas localidades. Los colonos de Apóstoles también deben recurrir, como un “mal necesario”, a la mano de obra criolla para determinadas fases de la producción yerbatera (también té y tung). Sin embargo una diferencia significativa es que Misiones es definida por Bartolomé como una provincia multiétnica. Aún en Apóstoles residen, además de ucranianos y polacos, descendientes de españoles e italianos, criollos y pobladores de los vecinos países de Brasil y Paraguay. En debate con las tesis de la homogénea argentinización de los inmigrantes

Europeos y del melting pot propugnado por los intelectuales de la Organización Nacional, Bartolomé muestra que la etnicidad es un factor destacado en la configuración de estrategias adaptativas, y que la misma no sólo recorre la “frontera” europeo-criollo, como en Santa Cecilia, sino también a los grupos de origen europeo entre sí. Para distinguir la estrategia de argentinización de los polacos y la del redentismo nacionalista ucraniano, Bartolomé pasa revista a la estructura interna de sendos grupos, los polacos provenientes de una comunidad jerárquicamente estratificada en clases, y la más igualitaria de ucranianos campesinos, estratificados étnicamente vis-a-vis otros grupos (polacos, rusos, etc.).

Así, a diferencia de *Explotación familiar ...*, donde el lector aprende poco de las instituciones gringas y de la “friulanidad” de los pobladores, en *The Colonos of Apóstoles* Bartolomé revisa minuciosamente el papel de la iglesia, la escuela y los clubes como vehículos para mantener la etnicidad (ucranianos), o para forjar una integración con las elites “argentinas” locales (polacos). Es en este marco que ambos grupos desarrollan una postura adaptativa preferentemente conservadora que persigue la confiabilidad y la seguridad más que el riesgo y el beneficio. Esta postura tiene serias consecuencias en una “matriz situacional” definida por la aparición de cultivos “maravilla” y los ciclos de auge y caída (boom-and-bust cycles) que demanda de los productores respuestas rápidas y reacomodamientos constantes, para transformar en verdaderamente rentable su actividad. En suma, el conservadorismo de estos productores en una estructura agraria de rápidos cambios y altamente especulativa, obstaculizó su proceso de formación de capital, forjando una clase media rural abocada a la supervivencia, insegura y precaria, más que a la expansión.

*** **

Los autores reseñados aquí presentaban notables acuerdos que los transformaban en un grupo de punta de una subdisciplina, la antropología social, sin antecedentes institucionales en el país. Desde el estudio de cuestiones rurales estos investigadores planteaban un perfil disciplinario distinto, a la vez que re-definían un país cuya Antropología oficial se había limitado a los márgenes de la sociedad moderna. En qué residían sus acuerdos para superar estos límites, definiendo de una vez a la nación y al antropólogo social en la Argentina, es tema de la próxima sección.

V. MARGINALIDAD DISCIPLINARIA Y PERIFERIA ARGENTINA

Aunque estos autores no integraban un mismo proyecto de investigación ni un mismo departamento universitario, sus convergencias temáticas y de enfoque los llevaron a reunirse un par de veces en pleno con el respaldo institucional del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Los resultados de la segunda reunión (1975) llevada a cabo en Quito, se publicaron en 1977 en un volumen compilado por Hermitte y Bartolomé bajo el significativo título de *Procesos de articulación social*. Allí constaban artículos de Hermitte y Herrán sobre Belén/Huarco, de Bartolomé sobre Apóstoles, de Archetti y Stolen sobre Santa Cecilia, y de Vessuri sobre una investigación que llevaba a cabo junto con la gestión de Bilbao en Tucumán²¹. Según sus compiladores, el concepto de “articulación social” no sólo venía a resolver la supuestamente obligada homologación entre contacto-aculturación-indiferenciación y entre diversidad-aislamiento-preservación de rasgos culturales. También permitía visualizar a las poblaciones analizadas en relación de clase, política, étnica, regional y nacional, enfatizando que las localidades y unidades sociales no eran

unidades aisladas, ni tampoco internamente homogéneas. Por eso, en los grupos y unidades sociales podían distinguirse individuos y sectores que servían de “articuladores” (*brokers*) con otras entidades sociales, políticas y geográficas (Hermitte & Bartolomé 1977). Según Bartolomé en su contribución teórica a la reunión, el nuevo término “articulación social” se fundaba en

“que el interés por definir y analizar las formas y procesos conectivos a nivel societal responde a una necesidad sentida de superar una perspectiva que se halla implícita en la gran mayoría de los trabajos antropológicos. Tal perspectiva se concentra en el estudio de ‘unidades’ sociales que de-facto son tratadas como sistemas cerrados. /.../ La preocupación por los procesos de articulación (tiene su) objetivo en el tejido conectivo de la sociedad antes que en sus unidades constitutivas”(Bartolomé1980:275-6.Nuestros paréntesis).

Y aunque no todos compartían su perspectiva sistémica, el acuerdo era evidente en un interrogante que había sido el móvil de ambas reuniones y de sus respectivas investigaciones: ¿cómo estudiar antropológicamente a la sociedad argentina partiendo de las localidades a que los antropólogos se ven en cierto modo confinados en virtud de su método distintivo de investigación: el trabajo de campo etnográfico? Por eso Bartolomé expresaba que, sin

“abandonarse el enfoque teórico-metodológico propio de la antropología social/cultural, se explore el problema de qué es lo que mantiene ‘unidas’ a las sociedades complejas, y por lo tanto al estudio de las características formales y procesales de todos aquellos mecanismos o fenómenos que establecen vinculación entre las unidades convencionalmente discriminadas como tales, sean éstas individuos, grupos, clases, segmentos socioculturales, etcétera” (Ibid 276).

Estas inquietudes definían a un conjunto de investigadores que se auto-adscribían como antropólogos sociales de sociedades complejas, definición que los conducía al terreno que en la Argentina ocupaban los sociólogos, provocando interesantes intercambios pero también la búsqueda de un perfil propio que no tuviera el lastre de la antropología oficial. Así, estos antropólogos sociales quedaban localizados por su subdisciplina, aunque como veremos no sólo por esto, en los márgenes de las Humanidades y de las Ciencias Sociales. Ello era evidente en sus afiliaciones institucionales y en el perfil de las organizaciones que contrataban sus servicios.

Por lo general, se desempeñaban en institutos o departamentos de investigación social y en organismos del Estado nacional, no en departamentos de Antropología. El paso de Hermitte por la UBA en 1965-6 fue efímero. El cierre de espacios desde 1966 en las instituciones oficiales de Antropología—Departamento de Ciencias Antropológicas de la UBA, de la Universidad de La Plata, Instituto de Ciencias Antropológicas de la UBA, Museo Etnográfico e Instituto Nacional de Antropología—hizo que algunos crearan hacia 1974-1975 espacios a la medida de la Antropología Social como ellos la entendían: Bartolomé con la licenciatura de Ciencias Antropológicas de la Universidad Nacional de Misiones en 1975; Hermitte con el Centro de Antropología Social del IDES en 1974. La posibilidad de desarrollar la antropología social en estos términos en el Departamento de Ciencias Antropológicas de la UBA, además de las carreras de Antropología Social de Salta y Mar del Plata, fueron intentos tan fugaces como la euforia revolucionaria que barrió el país y los medios académicos entre 1973 y 1974²².

El principal interlocutor de este conjunto era la sociología. Su interés provenía, por un lado, de sus debates teóricos novedosos y dinámicos. Por eso, salvo en el Bilbao de los primeros años (1964-5, 1967-71) y la antropológica *Etnia* cada vez más comprometida con la antropología social, preferían difundir sus investigaciones en

revistas de economía y ciencias sociales tales como *Desarrollo Económico*, *Estudios Rurales Latino-americanos*, *Revista Latinoamericana de Sociología*, *Revista Paraguaya de Sociología*. En Sociología estaba un núcleo pujante de investigadores y consultores, herederos de la escuela de sociología de Germani, y herederos también de una serie de investigaciones empíricas sobre la estructura social argentina, con sus correspondientes diagnósticos sobre los obstáculos para el desarrollo argentino.

Las tesis sobre la marginalidad encuadradas en el paradigma de la modernización que dominaba en Sociología, en Ciencias Sociales y en los círculos políticos, aunque más aplicables a contextos urbanos, tenían implicancias para los medios rurales, de donde provenían los migrantes provincianos y, se suponía, el grueso de la clientela política del peronismo. Si la marginalidad se definía como falta de integración de ciertos sectores a la sociedad mayor, explicable por el tradicionalismo, era lógico que estos antropólogos sociales encontraran su lugar en estos debates.

La implicancia de la discusión sobre la modernización y la marginalidad en las obras de nuestros autores era doble. En cuanto a la cuestión económica, los obstáculos a la modernización provenían, según su argumento, de determinadas formas de organización económica, de la degradación ecológica, y de un mercado cíclico con crisis recurrentes y de las poderosas empresas acopiadoras que manipulaban los precios de los productos. Pero el debate sobre la modernización y la marginalidad tenían en la Argentina una implicancia eminentemente política. Por eso los autores focalizaban en las relaciones sociales y también en los factores de “conciencia” o “ideológicos” que hacían posible la reproducción—empobrecida—de las condiciones de producción, la expansión de los sectores subalternos, la articulación subordinada con el centro económico y político del país, y el diacrítico político argentino por excelencia: el peronismo. A ello tendían los estudios sobre patronazgo y clientelismo de Vessuri y Hermitte, revelados como obstáculos principales de las iniciativas de cooperativización de pequeños y medianos propietarios.

Para terciar en estos debates, los autores eligieron teorías distantes del culturalismo, que sí tomaban los Germanianos, y más próximas a explicaciones materialistas tanto marxistas como transaccionalistas. Aunque las dimensiones sociales cubiertas por los autores respondían a grandes rasgos al enfoque holístico de la Antropología, abarcando dimensiones productivas, domésticas, religiosas y políticas, era desde las relaciones sociales de producción y el acceso a la tierra o a la lana de llama y los cueros de vicuña, desde donde se emprendía la caracterización del sistema social y cultural. Para explicar la ubicación periférica de estas sociedades norteñas, los autores se acercaban más que a las tesis del colonialismo interno propagadas desde México por Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen (Kay 1989), a las perspectivas marxistas sobre la marginalidad desarrolladas por algunos sociólogos argentinos. En esa línea, José Nun había propuesto que los conceptos marxistas de “ejército industrial de reserva” y de “superpoblación relativa” debían reformularse para referir la transición del capitalismo competitivo al capitalismo monopólico en las peculiares formas que dicha transición adquiriría en el desarrollo capitalista de los países dependientes. Para ello acuñaba el concepto de “masa marginal” (Nun 1969), que resultaba de la penetración del capital monopólico en América Latina, pero a diferencia del ejército industrial de reserva, que podía incorporarse al proceso productivo en momentos de alza del ciclo económico, dicha masa no se incorporaba nunca y terminaba siendo disfuncional al sistema, donde no se habían modificado las bases productivas del campo ni ampliado el mercado interno.

Si las tesis de Nun se venían aplicando más bien al capitalismo urbano e

industrial, los antropólogos sociales argentinos alertaban, junto al sociólogo rural a quien agradecían Archetti y Stolen, sobre sus efectos en los medios rurales y semiurbanos del “interior”, buena parte de cuyos habitantes debía apelar a formas alternativas, no necesariamente capitalistas, para sobrevivir y eventualmente permanecer en su lugar de origen. A diferencia de las metrópolis—Buenos Aires/Gran Buenos Aires, Rosario y Córdoba—que ofrecían mayores oportunidades de empleo en los sectores secundarios y terciarios, además de la estructura sindical y la protección de una legislación social únicas en América Latina, en el norte de Santa Fe, el interior catamarqueño, santiagueño y misionero, la marginalidad no sólo refería a los sectores subalternos y pobres, sino también a sectores medios y aún a los propietarios, cuyas relaciones sociales distaban de la racionalidad del marco capitalista. Pero también se alejaban de la noción de “campesinado” que, al ser importada desde otros contextos latinoamericanos, no permitía visualizar la peculiaridad de las relaciones sociales de producción en el campo argentino. El ámbito rural era presentado por nuestros autores como una realidad heterogénea de estancias y “fincas”, tejedoras y minifundistas, migrantes golondrina y emigrantes definitivos, y una clase media rural de origen europeo, los “colonos”, que no cabía en la tipología campesino/peón rural/capitalista, y que participaba crecientemente en las luchas rurales gestando nuevas formas de organización política (que se denominarían después “movimientos sociales”) como las Ligas Agrarias (Archetti 1976, 1988).

Esta diversidad permitía cuestionar, también, las premisas del marxismo evolucionista ortodoxo según el cual las sociedades pasaban del feudalismo al capitalismo, en extraña concordancia con las tesis liberales que suponían que las economías rurales de América Latina eran feudales, tradicionales y cerradas, como señalaban Archetti, Stolen y Vessuri. La Argentina presentaba una combinatoria de formas productivas, algunas de las cuales podían encontrarse en otras partes de América Latina. Sin embargo, la explicación de su persistencia no estaba en un acendrado tradicionalismo ni en que la Argentina integraba un área cultural dada sino, más bien, en su efectiva articulación con los polos más “avanzados” (netamente capitalistas) de la economía y la política económica nacional. Precisamente, Vessuri esperaba que su estudio hubiera desmentido “la noción ingenua de que la Argentina es una sociedad totalmente penetrada por relaciones capitalistas” pues en un siglo

“las relaciones precapitalistas han prevalecido por un largo período y pueden encontrarse aún hoy. Esto no significa afirmar la visión opuesta de que el interior argentino es un repositorio de relaciones feudales, a la espera del arribo del capitalismo. Santiago del Estero ha mostrado estar plenamente integrado a la economía y la sociedad nacional capitalista, y las peculiares condiciones precapitalistas de producción que presenta deben explicarse por otras razones, intrínsecas al sistema” (358).

Los autores replicaban, así, a quienes intentaban explicar en términos culturales por qué el modelo de “*new country*” no había funcionado en la Argentina en el terreno económico ni en el político. Los patronos habían reemplazado o subordinado en algunas regiones de la Argentina a los colonos libres deseosos de avanzar sobre nuevas fronteras, correspondientes al imaginario liberal que así caracterizaba a los casos norteamericano y canadiense. Esta condición era evidente en los estudios sobre el Noroeste, donde propietarios frecuentemente ausentistas y viejas oligarquías locales organizaban su producción en términos tradicionales, añadiendo al empobrecimiento ecológico una sobrepoblación funcional en sus unidades económicas, pero reforzando su poder político en una red de clientelismo formada, efectivamente, por las unidades domésticas dependientes de la unidad productiva. En el Nordeste, la falta de desarrollo de un capitalismo agrario se explicaba por las barreras estructurales—falta de

disposición de nuevas tierras—y por la conciencia del colono, que no abandonaba las bases domésticas de su producción, debiendo afrontar condiciones oscilantes del mercado de los cultivos industriales—el algodón, yerba mate, pimentón.

Ahora bien. Si la conciencia de los actores y las relaciones sociales de los productores eran aspectos definitorios de la caracterización, ¿qué lugar ocupaba el interlocutor antropológico? El interlocutor antropológico local—entendido como representante de la escuela oficial de Etnología y Folklore—estaba ausente o se lo presentaba como un oponente secundario. Nuevamente el caso de Bilbao era particular, ya que de sus profesores tomaba, para re-utilizar en nuevos marcos, conceptos emergentes de ambas subdisciplinas. Eran estos contextos y finalidades diferentes las que hacían que lo suyo fuera, sin embargo, otra cosa. Para Vessuri, en vez, el aporte antropológico sobre sus comunidades-objeto era casi inexistente o pintoresquista, y sus fuentes de dudoso rigor científico (Vessuri 1971:7). Hermitte podía referir, aunque no como central, autores comunes al Folklore en la UBA, como Georges Foster, pero no se apoyaba en autores nacionales; Bartolomé tomaba a un connacional, Eduardo Menéndez, en un trabajo de investigación sobre migrantes limítrofes a la provincia de Misiones, aunque dicho trabajo no constituyó su línea de trabajo posterior. Y Archetti y Stolen se basaban en la corriente norteamericana de economía política en estudios del campesinado (Sidney Mintz, Charles Wagley, Eric Wolf), la discusión Lenin-Chayanov y el neomarxismo francés de Maurice Godelier, ignorados estos últimos en la carrera.

Los estudios antropológicos de comunidad correspondían, como señalaba Bartolomé, a un interlocutor válido aunque también discutible porque reproducía el sentido común modernizador del dualismo Redfieldiano que concebía a la comunidad folk al polo urbano. Ni los criollos con su incesante recurso a la migración, ni los colonos con su renuencia a una decidida organización capitalista, ni las teleras acopiadoras de Catamarca, podían caracterizarse como tradicionales, sino como adaptaciones a un sistema económico y regional dependiente. Así, las mantas y ponchos que tantas veces vieron Hermitte y Herrán abandonaban el mundo conceptual de las supervivencias y del patrimonio cultural folklórico para habitar el de las mercancías donde convergen y se construyen las alteridades del poder y la clase, y en torno a las cuales se establecen relaciones económicas, políticas y sociales. Y el culto a los santos en Santiago del Estero que Vessuri había atestiguado en su trabajo de campo, se transformaban en la proyección de un mundo terrenal fundado en relaciones patrono-clientelares. Y la Iglesia Ucraniana visitada por Bartolomé, con sus rituales consagratorios y de pasaje firmemente arraigados en la preservación de la cultura y la lengua, no revelaban dificultades adaptativas ni el atavismo cultural, sino afirmaciones identitarias en una sociedad multiétnica cuyos nucleamientos apelaban a distintas estrategias frente a las sucesivas crisis económicas y políticas que afrontaban también los demás argentinos.

Así, “lo cultural” estaba ausente de sus estudios si se lo entiende como un conjunto esencial e inmodificable de rasgos y pautas, y el factor explicativo de la dinámica social. Todos estos autores rechazaban la reconstrucción de los patrimonios perteneciente a una antropología de salvataje de culturas en vías de extinción. Pero “lo cultural” estaba presente en tanto constructo de las relaciones sociales tendientes a asegurar una integración subordinada en un país donde lo cultural-étnico fue mucho menos destacado que las identidades de clase, políticas y provinciales. Así, cuando aparece, lo étnico se formula en términos contextuales y no como propiedad intrínseca de los grupos. En Apóstoles las identificaciones de ucranianos y de polacos se ponen en juego en la sociedad agraria misionera. En contraste, Archetti y Stolen prefieren

referirse a los friulanos de Santa Cecilia como representantes de la inmigración europea *vis-a-vis* la población de origen nativa o “criolla”; su atención en la procedencia friulana cae fuera de sus consideraciones. Esta diferencia entre el caso santafesino y el misionero podría explicarse en función de la realidad étnica de cada localidad; Apóstoles es un conglomerado de agrupamientos con distintos orígenes nacionales que ocupaban la misma clase social (colonos ucranianos y colonos polacos), mientras que en Santa Cecilia la etnicidad está claramente estratificada. En la mayoría de las investigaciones la frontera interétnica es una frontera de clase, y sus actores no obran como militantes etnicistas demandando al Estado nacional, ni a los poderes locales y provinciales, ni ante otros grupos étnicos. La sociedad civil argentina es una sociedad escindida en términos socioeconómicos y políticos, no culturales (o, en todo caso, donde los términos socioeconómicos y políticos son, en sí, constructos culturales específicos). Las observaciones sobre turcos, polacos, friulanos y criollos con probable ascendencia indígena, no alcanzan el rango de movimientos étnicos, confirmando que la argentinización de los organizadores modernos ha sido exitosa.

Y si este éxito ha sido real, las pequeñas localidades de Apóstoles, Yuraj Tacu, Huarco/Belén y Santa Cecilia, con sus respectivos distritos rurales, son además de las unidades de estudio desde donde abordar a la Nación Argentina, los segmentos de una totalidad a la que sintetizan y con la que se articulan desde una posición periférica y subalterna. Personas (santiagueños, catamarqueños migrantes), cultivos industriales (algodón, yerba mate, pimentón), y manufacturas artesanales (tejidos), obligan a pensar a la localidad en estrecha vinculación con niveles mayores de integración. Pero si esta articulación se define como subordinada, no se plantea según la simplificación corriente en el populismo de la época a través de la oposición Puerto-Interior, Capital-Provincias, pues para estos autores la oposición centro-periferia denota una síntesis de la estratificación clasista y regional, aunque cada una de las regiones no sea internamente homogénea ni similar. En cada región y en cada localidad se desarrollan sectores cuyo poder y capital se acrecientan con el control de la articulación entre el medio local, el regional y el nacional. Así, los sectores sociales se benefician diferencialmente de su posición periférica. Pero, además, cada región desempeña su subalternidad de modos diferentes, mediante formas de organización productiva y social resultantes de procesos históricos más complejos. Ello se evidencia en el abultado registro de los vínculos patrono-clientelares en el Noroeste, casi inexistentes en los textos sobre el Nordeste²³.

Esta perspectiva tenía importantes efectos en la lectura de la política local y nacional. Las Ligas Agrarias examinadas por Archetti en su tesis doctoral (1976) y en una publicación posterior (1988), y el sistema de patronazgo examinado por Vessuri y por Hermitte, ponían de manifiesto una Argentina que desconocían tanto las activísimas vanguardias revolucionarias de los ‘70s como los clamores modernizadores de las ideologías académicas, las desarrollistas civiles y las burocrático-autoritarias (O’Donnell 1982). La Argentina era un país desconocido, repleto de paradojas y contrastes para cuya comprensión era necesario analizar, mediante el trabajo de campo intensivo y una perspectiva teórica amplia, las relaciones sociales de producción que consolidaban un país desigual, cuyo centro y periferias no respondían a dualismos culturales (más ideales que reales) atribuidos, por entonces, a un mundo polarizado y a una no menos polarizada América Latina. Sus analistas transformaban a colonos, teleros, finqueros, meleros y ganaderos, turcos y migrantes estacionales, en categorías sociales diacríticas de un interior diverso, marginalizado y dependiente en un país también diverso, dependiente y periférico.

En suma, estos antropólogos por su formación académica, por su práctica intensiva de trabajo de campo, y por las perspectivas teóricas que adoptaban, dialogaban en la Argentina con sociólogos más que con el campo antropológico de etnólogos y folklorólogos. En la vena de la antropología social anglosajona y neomarxista francesa, y autores de etnografías procesuales²⁴ donde se prefería, en términos de Raymond Firth, la “organización social” a la “estructura social” (o la conducta real de los actores, más que los sistemas de nociones y normas), priorizaban las relaciones sociales sobre la cultura. Sin embargo, su interés en el fundamento material de la formación social no eliminaba las consideraciones culturales *qua* ideología y constructo identitario (etnicidad). Periféricos a la disciplina oficial en su propio país, también lo eran de la Sociología y su paradigma dominante proponiendo una imagen de la Nación como escindida. Y para acometer sus caracterizaciones, estos autores se ubicaban del lado de la periferia, esto es, “el norte”, área emblemática de la subalternidad y el desarrollo desigual de este país, tan próximo a Bolivia y a Paraguay, tan lejos de Australia y los Estados Unidos.

VI. CONCLUSIONES

Preguntarse si es éste un caso de antropología nacional, puede aparecer como retórica vacía, ya que en rigor de verdad debiera hablarse de una historia trunca o, a lo sumo, de una imposibilidad nacional. Quizás, pero convendría, sin embargo, hacer la tentativa de abordar la cuestión en dos fases: una, atinente a lo que fue la antropología social—encarnada en estos cinco investigadores—en la década 1965-1975, y otra, en su abrupto final. Probablemente ambas sean parte de una misma historia.

Desde sus comienzos, la Antropología en la Argentina se definió como un espacio en el que concurrían la arqueología prehistórica, la etnología y el folklore (y de ahí su nominación en plural como “Ciencias Antropológicas”), abocadas al estudio del origen del hombre americano. Con este propósito, se dedicó a estudiar aquellas poblaciones humanas (y, más que poblaciones, sus patrimonios culturales) que habían quedado fuera de una historia definida por y en términos de la Organización Nacional. En tal condición se encontraban los pobladores indígenas del territorio nacional—extintos o vivientes—y los mestizos rurales portadores de “pautas y costumbre tradicionales”.

Señalamos que estos ámbitos de competencia disciplinaria tuvieron una estrecha dependencia de los modos de caracterización del vínculo de los individuos con el estado, centrado en el carácter político (no étnico, ni religioso) de ciudadanía; una dependencia que nacía del lugar del Estado en la conformación de la nación, y de la dependencia de las “ciencias antropológicas” con respecto a ese Estado. Esta delimitación objetual permite definir a la antropología en la Argentina como “ciencia de lo marginal”.

Sin embargo, esta marginalidad tenía otros alcances: uno externo donde la Argentina, con pocas excepciones, no constituyó una región de interés ni visitada asiduamente por antropólogos sociales/culturales provenientes de las academias centrales y, en tal medida, no participó del primer impulso de definición de regiones geográfico-culturales conexas con temáticas disciplinarias, profundizando el aislamiento teórico, metodológico y temático de la comunidad antropológica local; y un alcance interno, cuyo objeto se reconocía como ocupante de un espacio marginal en el territorio nacional, y de una temporalidad pretérita en la historia moderna del país. Los grandes centros de desarrollo urbano y las áreas de expansión agropecuaria quedaban fuera de su campo, aprehendido desde temprano por la economía y el

ensayismo político, histórico y sociológico. Por último, la marginalidad recaía en la propia disciplina, en su relación con el conjunto de las ciencias sociales y humanas, al no tomar partido en los debates intelectuales sobre el presente y el destino de la nación.

El ingreso de la Antropología Social al escenario académico argentino presentó una alternativa tanto a la comprensión del proceso social y político nacional, como a la inserción profesional y académica de sus investigadores. Esta alternativa se erigió desde una posición que calificamos de “marginalidad crítica”, para distinguirla de la marginalidad adoptada por la antropología oficial. Desde allí, los cinco antropólogos analizados en estas páginas, se diferenciaban de la Antropología que se venía dictando desde 1958 en la principal unidad académica del país, y de la Sociología dominante en el Departamento de Sociología de la misma universidad.

Su distancia de etnólogos y folklorólogos obedecía no tanto a un rechazo temático de lo que había constituido el objeto preferencial de la disciplina, pues la mayoría de estos antropólogos sociales estaba familiarizada con la cuestión indígena: Vessuri a través de un estudio bibliográfico para su tesis de Diploma in Anthropology en la Universidad de Oxford (*An analysis of the social organization of a South American Tribe*, 1964); Hermitte con su participación en 1970 de un trabajo de campo con poblaciones aborígenes de la provincia del Chaco (ver Hermitte y equipo 1996-7); y Bartolomé con investigaciones sobre movimientos milenaristas en el mismo territorio (1968, 1971a, b, 1972); Bilbao, por su orientación académica, había recorrido las llamadas sociedades “folk” del noroeste argentino. Las diferencias de estos antropólogos sociales con etnólogos y folklorólogos radicaba en que, para aquéllos las sociedades indígenas y/o “campesinas” no constituían unidades aisladas sino integradas a la sociedad nacional.

Munidos de su arsenal antropológico en un país donde la antropología se había limitado a reconstruir el pasado en el presente, se diferenciaban de su interlocutor principal, la Sociología modernizadora y su caracterización de la Argentina como una sociedad en transición de lo tradicional a lo moderno. Para ellos la Nación era no sólo “compleja” en los términos que designaba la Antropología Social de entonces al estudio de sociedades no indígenas, sino también por su heterogeneidad y su desarrollo paradójico, caracterización que permitía poner en duda el camino inexorable del desarrollo moderno y capitalista.

Así, mientras echaban nueva luz sobre la trastienda pre-moderna de la modernidad, interrogaban cuán moderna había llegado a ser la Argentina en realidad. La división entre centro y periferia, Buenos Aires-Interior, no era el resultado de procesos autónomos, sino del desarrollo desigual del capitalismo dependiente argentino. Era esa dependencia la que se replicaba al interior de la Nación, forjando las bases del clientelismo político y reproduciendo lo que, según otras perspectivas, derivaba del aislamiento y el tradicionalismo cultural y constituía, en efecto, a ese Otro interno que se resistía al progreso, la democracia y la civilización.

Al nivel institucional, la marginalidad se ponía en evidencia en su alternancia entre organismos privados, entidades técnicas del Estado y la actividad política, sin acceso posible, a veces, ni estable, otras veces, a las estructuras universitarias nacionales. Si bien esto les dio una gran amplitud de acción, también los limitó en su capacidad de promover reformas en la academia antropológica que, como la de la UBA, preservó hasta 1984—el retorno a la democracia—las líneas de trabajo tradicionales²⁵. A ello contribuyó, sin duda, el curso de los acontecimientos políticos: primero con el golpe de la Revolución Argentina de 1966, que abortó las carreras académicas de quienes ya se encontraban insertos en el sistema universitario de

Buenos Aires (como Bilbao y Hermitte) y la concreción de la antropología social como una cuarta orientación en la carrera de Ciencias Antropológicas en la UBA; segundo, cuando el golpe del PRN que, anulando la fugaz experiencia transformadora de 1973-1974 (Gurevich & Smolensky 1987), consolidó la analogía entre antropología social e izquierdismo. El clima de politización y radicalización académico-intelectual del período en que estos cinco antropólogos sociales produjeron los textos aquí analizados—1965-1975—sentó las bases para connotar a la “antropología social” con otros significados más próximos a la lucha política y el rechazo de toda identidad intelectual proclamada desde la ciencia, sustituyendo la investigación sistemática con un perfil de denuncia social que pervive hasta hoy.

Sin embargo, militancia, gestión y academia podían articularse, manteniendo cada una cierta autonomía. Y si nos hemos detenido en el análisis de la producción académica de estos autores es porque en ella se elaboran los lineamientos para la gestión y la actividad política. Por eso, consideramos que no es necesario pasar revista al compromiso político que muchos de ellos sostuvieron, ni a sus vicisitudes personales en la tormenta política de entonces, para darse cuenta de que mucho hubiera podido ser hecho y dicho de la Argentina si Bilbao no hubiera sido preso y torturado, salvando su vida a cambio del exilio; o si las oficinas de Vessuri en la Universidad de Tucumán no hubieran sido requisadas por las fuerzas armadas que libraban en esa provincia el Operativo Independencia contra la guerrilla y las organizaciones populares; o si Archetti y Stolen no hubieran tenido que abandonar el país. Pero ese potencial surgía tanto del compromiso como del perfil académico de su producción que convertía a actores sociales, hasta entonces sólo relevantes como restos del pasado, en ciudadanos y productores. Así proponían sumar a la antropología al grupo de disciplinas modernas (Bartolomé 1980), actualizando sus marcos teóricos, metodológicos y temáticos gracias al doble contacto con sus ciencias sociales hermanas—de las que había estado desvinculada en su primera formación institucional universitaria—y a los lazos con las academias de los países centrales, derivados de sus formaciones de posgrado y comunidades de discusión.

Pero esta propuesta conllevaba un compromiso con las claves de una época signada por la utopía y la violencia. Por su inserción profesional, por los enfoques y por su prolongada presencia entre las poblaciones que analizaban, estos antropólogos se constituyeron a sí mismos en la marginalidad crítica, aunque dicha marginalidad no sólo se cifró ante la academia sino también frente a la sociedad y el Estado (nacional y provincial). Estos cinco autores, como otros de sus contemporáneos, eligieron desde su disciplina el camino nada fácil de interrogar con sus investigaciones empíricas las certezas por entonces casi inmovibles de las vanguardias políticas y académicas—que solían plantearse como una misma cosa—. Hablar de Perón como el último “patrón” argentino (Vessuri²⁶), mostrar las limitaciones de la conciencia de los colonos en el éxito de la empresa agraria (Bartolomé, Archetti & Stolen), o englobar a peronistas y no peronistas en la reproducción de los patronazgos provinciales (Hermitte), precisamente en tiempos en que “peronismo”, “interior” y “lucha anti-sistema” se referían como sinónimos, era situarse en una posición difícil y solitaria, al margen de la euforia peronista. Ello no impidió que estos antropólogos participaran, en grados variables, en las organizaciones populares que estudiaban, encabezando algunas instancias de transformación que, coherentemente, las fuerzas represivas y sectores políticos locales condenaron hasta el aniquilamiento.

Precisamente, esta experiencia breve e intensa concluyó intempestivamente cuando el golpe de estado de 1976 y su antesala represiva de 1974-75 mostraron que aquel país que estadistas e intelectuales de fines del siglo XIX, principios del XX y

también en los 1960s, habían imaginado como la Europa democrática y liberal de un subcontinente asolado por la miseria, la opresión, el militarismo y las luchas interétnicas, seguía una vez más los pasos de América Latina. Hablar de “antropología nacional”, en este caso, no significa reivindicar una disciplina homogénea—que no existió en la Argentina—ni tampoco la unidad de contenidos exclusivos. Implica, más bien, señalar el horizonte de la producción de sus investigadores—nuestros cinco autores formados algunos en las academias metropolitanas a la vez que involucrados en el destino de la Argentina moderna—y los límites, en este caso dantesco real, que se impusieron a su producción. En suma, si hablamos de “antropología nacional” lo hacemos en dos sentidos: primero, marcando la dependencia de la producción académica y profesional de estos (y otros) antropólogos con respecto a la política académica y social de un Estado con extraordinarios poderes para intervenir el campo académico; y segundo, señalando los alcances de las conclusiones de sus investigaciones, relevantes para la comprensión de la Argentina como una formación social histórica y geográficamente específica.

Más allá de transformarse, con muchos otros argentinos, en víctimas del terrorismo estatal desde 1974, el hecho de que todos ellos pagaran con el exilio interno y externo su forma de hacer antropología, pone de manifiesto que desde su marginalidad crítica lograban caracterizar a los Otros internos de la Argentina de un modo demasiado plausible y vigente, hasta perentorio²⁷. Desde esa marginalidad crítica la Antropología recuperaba el presente, para disputar definiciones de la Nación contra miradas etnocéntricas e historicistas.

Henos aquí la extraordinaria vigencia de un campo académico llamado Antropología, una disciplina abocada al estudio de la diversidad humana en la interlocución entre los Estados imperiales o nacionales, y las sociedades políticas y civiles. Y henos aquí, también, la extraña paradoja de intentar hacer antropología en un contexto de intolerancia absoluta a la diferencia, cuando la mediación entre sociedad y Estado se hizo imposible, y el Otro interno abandonó la periferia provinciana para abarcar, de pronto, a toda la ciudadanía.

Notas

¹ Este artículo se inscribe en la investigación *Antropología y Nación. La invención etnográfica de la Argentina* (FI067) que fue subsidiada por el sistema UBACyT 1995-1998. Participaron del equipo de investigación, además de los autores, Ana Domínguez Mon, Estela Gurevich, Virginia Vecchioli y Lorenzo Cañas Bottos. Una versión preliminar de este trabajo fue presentada a la reunión “Una agenda antropológica a partir de los dilemas de América Latina”, organizada por el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Brasilia, 28 de setiembre de 1998.

² Una expresión de ello, muy anterior al estudio de las antropologías nacionales como tales, fue el debate de la factibilidad de realizar una antropología nativa (Jackson 1987).

³ Hablamos de “República Argentina” a partir de la constitución nacional de 1853. Previamente, se trataba de territorios—provincias—unidas laxamente por un gobierno centrado en la Provincia de Buenos Aires. Así, cuando esta porción de Sudamérica se declara independiente de España, en 1816, lo hace en nombre de las “Provincias Unidas del Río de la Plata”.

⁴ La escuela histórico-cultural caracterizaba al extremo sur patagónico como una típica área de arrinconamiento, adonde habían sobrevivido los vestigios más antiguos de la historia de la humanidad.

⁵ Posteriormente, dos categorías políticas trascendieron al mundo científico-social, y también al antropológico: el concepto de “régimen burocrático-autoritario” acuñado por Guillermo O’Donnell para designar a regímenes que, como el de la Revolución Argentina (1966-1973) se basaban en la represión política y la tecnocracia económica;

y la categoría de “desaparecido”, término derivado de la desaparición forzada de personas—generalmente civiles, seguida de tortura y muerte clandestina, recurso del Proceso de Reorganización Nacional (PRN) entre 1976 y 1983 para terminar con toda expresión de disidencia. Politólogos, sociólogos, historiadores, críticos literarios, y también antropólogos, argentinos y extranjeros se volcaron a analizar las raíces y fundamento de la pervivencia del autoritarismo argentino y de los “movimientos sociales” defensores de los derechos humanos, particularmente de la organización de “Madres de Plaza de Mayo” (Acuña & Smulovitz 1995, Evangelista 1996, Filc 1997, Franco 1987, García Delgado y Palermo 1989, Guber 1996, Kaufman 1991, Navarro 1989, Newman 1991, 1992, Peralta Ramos & Waisman 1987, Robben 1995, Taylor 1979, 1993, Visacovsky 1998, entre muchos otros).

⁶ Enrique Palavecino y Ciro R. Lafón proponían articular la cuestión indígena y campesina al desarrollo de la sociedad nacional. Lafón 1960-65 y 1969-70; Palavecino 1958-59 y 1962.

⁷ Si bien el PRN se inició formalmente el 24 de marzo de 1976, ya en 1975—en rigor, desde mediados del 74—y bajo el gobierno constitucional de María Estela Martínez de Perón, se implementaba el terrorismo como herramienta política esgrimida por escuadrones de la muerte compuestos por militantes de la derecha y miembros de las Fuerzas Armadas y Policiales, que ejercían la represión/supresión clandestina de obreros, intelectuales y estudiantes de ideología izquierdista real o supuesta.

⁸ Dicha selección comporta un necesario recorte que deja afuera a otros antropólogos también reconocidos como “antropólogos sociales” de importantes trayectorias: los licenciados Blas Alberti, Eduardo Menéndez y Hugo Ratier, entre otros.

⁹ En 1961, Bórmida manifestó su pesimismo con respecto al futuro de esa especialidad, a la que veía como extensión del programa funcionalista al estudio de sociedades en proceso de transformación, con la finalidad de procurar un conocimiento aplicado; ello la diferenciaba de la premisa del salvataje que había guiado a la antropología argentina hasta entonces: “...(la antropología social) ha rebasado el campo y los fines tradicionales de la etnología y ha intentado aplicar los métodos y los principios del funcionalismo a las culturas indígenas en proceso de transculturación occidental -y a la misma cultura occidental- con el fin de comprender y controlar los procesos de cambio. los resultados prácticos de esta tendencia son aún muy escasos debido tanto al desinterés de las autoridades en aplicar en gran escala los consejos de los antropólogos sociales como también a grandes fallas teóricas en la labor de estos. es claro que la antropología social se halla todavía en una fase experimental y no parece aún muy cercano el día en que los resultados concretos compensen la enorme masa de esfuerzos realizados y la inmensa masa de materiales que se ha ido acumulando” (Bórmida 1961:486).

¹⁰ Esperamos que otros colegas, o el mismo Bilbao, aprovechen la riqueza de lo realizado en una de las provincias argentinas que más duramente sufrió el autoritarismo en este país.

¹¹ El hoy Noroeste Argentino fue la región de las primeras incursiones españolas que provenían del Alto Perú (hoy Bolivia), enviadas desde la sede del virreinato del Perú. Del noroeste datan las primeras fundaciones de pueblos (Santiago del Estero) que los argentinos consideramos hoy como nuestro territorio. Y del noroeste, también, procedió buena parte de los congresales que se reunió, también en una localidad de la región (San Miguel de Tucumán), para declarar la independencia de las entonces llamadas “Provincias Unidas del Río de la Plata” en 1816. De esta zona, además, salieron notables estadistas e ideólogos de la Constitución del ‘53, de la centralización del Estado y de la formación de la Argentina moderna: entre otros, Juan B. Alberdi, ideólogo de la Constitución; Nicolás Avellaneda, ministro de Educación, presidente argentino e impulsor de la inmigración europea; Julio A. Roca, dos veces presidente, y jefe militar de la última campaña contra el aborígen patagónico-pampeano. Y de ella surgieron los “caudillos” o jefes políticos “del interior” que disputaron, junto a otros del Litoral, la primacía de Buenos Aires. A diferencia del Nordeste, las provincias del Noroeste no estuvieron tan influidas por la inmigración ultramarina, aunque en ellas se asentaron pobladores de origen sirio-libanes cuyo establecimiento difirió del de los europeos afincados en colonias agrarias. Entre tanto, la población de las provincias de Catamarca, La Rioja, Salta, Jujuy, Santiago del Estero y Tucumán, y también su clase dominante es más antigua y continuada que en los territorios nacionales. Su temprana conquista contribuyó a suprimir, deportar o subordinar (siglo XVII) a los nativos locales antes que en el Gran Chaco (1910); y los que permanecieron se mestizaron con los blancos configurando una amplia población criolla, apenas teñida con algunas estribaciones de la inmigración aluvional (1880-1945).

¹² De ahí que recurra al mismo tiempo a etnólogos como Jean Vellard, de quien utilizó su caracterización de la “civilización de la miel” para Paraguay, y Enrique Palavecino, y también a especialistas en Folklore como el santiaguense Oreste Di Lullo.

¹³ Por otra parte, Bilbao rechaza el conjunto complejo de motivaciones a la migración que postula Germani, haciendo énfasis en la falta de alternativas para la subsistencia (1967-71:331).

¹⁴ Bilbao no desconoce, sin embargo, causas culturales como cuando destaca la importancia de la simbología de la cera con la carne de Cristo para explicar la demanda de cera americana, o cuando muestra usos rituales actuales de la cera con datos provenientes de estudios folklóricos, como las veladas de santos y difuntos (Bilbao 1964-5:158). Destaca también la dimensión cultural del fenómeno migratorio; en especial, remarca su interés por los procesos de aculturación, siguiendo una línea en la que había insistido, entre otros, Palavecino. A partir de su información acerca de los migrantes que retornan a sus lugares de origen, plantea el tema del contacto de éstos con otras pautas culturales, por un lado las urbanas (aunque más escaso, debido a que el desplazamiento es hacia los lugares de cosecha, sin pasar y/o permanecer en las ciudades salvo con las detenciones del ferrocarril); y por el otro, de mayor importancia, con otras subculturas rurales a las que están más expuestos, como lo demuestra la abundante presencia de ritmos, posturas y actitudes masculinas “típicamente” correntinas en las danzas de los bailes de San José del Boquerón (Departamento Copo). También recalca como significativa la influencia que sobre los santiagueños de cultura ganadera ejerció la agricultura de los “colonos gringos”, con fuertes componentes urbanos tenida como un nivel de aspiración (Bilbao 1967-71:330-1).

¹⁵ Bilbao caracteriza a la estancia ganadera de la región como una estructura señorial, patriarcal y latifundista (Ibid 170), la que, sin embargo, no dio paso a una oligarquía ganadera, pese a las semejanzas con las pampas bonaerenses. Nuevamente Bilbao encuentra la explicación en causas de índole económica (el tipo de patrón extensivo de explotación, la lejanía con los centros exportadores lo cual impedía acceder al capital extranjero), ecológicas (agotamiento de las tierras) y sociales (como las subdivisiones de la propiedad al momento de la herencia) (Ibid:172).

¹⁶ También llamados open spaces (Harold Innis, in Waisman 1987:32), frontier societies (Frederick J. Turner, in Waisman 1987:31), lands of recent settlement o de settler capitalism (Denoon 1983).

¹⁷ "the colony of a civilized nation which takes possession either of a waste country, or of one so thinly inhabited, that the natives easily give place to the new settlers, advances more rapidly to wealth and greatness than any other human society" (Adam Smith en Waisman 1987:25). Para Alexis de Tocqueville "One could still properly call North America an empty continent, a deserted land waiting for inhabitants." (De Tocqueville, en Waisman 1987:26).

¹⁸ Waisman 1987:25-27.

¹⁹ Waisman 1987:34. See Germani and DESAL theory of modernization.

²⁰ Se discuten principalmente las obras de Alfred Kroeber, Eric Wolf, Raymond Firth, George Foster, George Dalton, Manning Nash, Charles Wagley, Shepard Forman y Joyce Riegellhaupt.

²¹ Otros de los autores reunidos en el volumen fueron el brasileño Roberto Cardoso de Oliveira, los norteamericanos Arnold Strickon, Bernard Ackerman, Sidney Greenfield, y la argentina Blanca Muratorio.

²² Estos intentos estuvieron protagonizados por otras figuras, como Eduardo Menéndez quien organizó en Mar del Plata una carrera con numerosos profesores de Buenos Aires.

²³ Esta diferencia surge, entre otras comparaciones posibles, en la relación entre la comunidad y Dios. Para los colonos de Santa Cecilia, el vínculo estaba mediado por sacerdotes (Archetti 1988), mientras que en la Banda, lo estaba por el Santo Patrono (Vessuri 1971, 1971a).

²⁴ Van Velsen define como “procesuales” a aquellas etnografías en las cuales se muestra “la forma en que los individuos manejan realmente sus relaciones estructurales y explotan el elemento de la elección entre normas alternativas de acuerdo a los requerimientos de cualquier situación particular” (Van Velsen, en Jacobson 1991:22. Nuestra traducción).

²⁵ De ahí que Ratier y Ringuelet homologuen a la Antropología Social con la democracia argentina (Ratier & Ringuelet 1993).

²⁶ En el último párrafo de su investigación, Vessuri sostenía: “/.../ en este contexto rural /.../ se dio la paradoja de que dicha ruptura podía conceptualizarse como una estructura afín al sistema de patronazgo local. La caída del patronazgo, pues, no significó su completa desaparición. Aún se requerían intermediarios personales para tratar con el gobierno, las agencias y demás poderes externos, ya que aún existía un acceso diferencial al poder. Pero mientras en el pasado el poder económico y político, y el alto rango social coincidían, posteriormente la situación se tornó más compleja. Nuevos estratos sociales se habían desarrollado, pasando a ocupar posiciones de poder en los negocios y el gobierno, capaces de dispensar favores a personas en diversas posiciones sociales. Pero los roles de patrones se limitan a áreas específicas debido a las limitaciones de su poder real. En efecto, Perón puede ser considerado como el último verdadero patrón, quien dio el golpe de gracia a un contexto social en decadencia” (368-9).

²⁷ Esto pese al esfuerzo de Hermitte que desde el IDES intentó transmitir el legado de aquella antropología, y pese también a la “mosca blanca” de la carrera de Misiones que debió pagar el precio del aislamiento para sobrevivir.

Bibliografía específica de los autores, relativa a las temáticas analizadas.

1) *Eduardo Archetti y Kristi-Anne Stolen*

1975

Archetti, Eduardo y Kristi Anne Stolen *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*. Buenos Aires, Siglo XXI editor.

1976

Archetti, Eduardo *Economie et Organisation Syndicale chez les “Colonos” du Nord de Santa Fe, Argentine*. These de doctorat de troisieme cycle. Ecoles des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Université de París. Dir: Alain Touraine.

1977

Archetti, Eduardo y Kristi Anne Stolen “La herencia entre los colonos del norte de Santa Fe” en Esther Hermitte y Leopoldo J. Bartolomé (comps) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1977:171-195.

1988

Archetti, Eduardo *Ideología y organización de las Ligas Agrarias del norte de Santa Fe 1971-1976* Buenos Aires, CEDES, Documento 14.

1996

Stolen, Kristi Anne *The decency of inequality. Gender, Power and Social Change on the Argentine Prairie*. Oslo, Scandinavian University Press.

Stolen, Kristi Anne “The Gentle Exercise of Male Power in Rural Argentina” in *Identities* 2(4)385-406.

Stolen, Kristi Anne “The Power of Gender Discourses in a Multi-Ethnic Community in Rural Argentina” in *Machos, Mistresses, Madonnas* Marit Melhuus & Kristi Anne Stolen (eds.). London, Verso, 159-183.

2) **Leopoldo Bartolomé**

1968

“El pensamiento mítico en la veterinaria folklórica” en *Runa* XI:71-92.

1971a

“Políticas y redes sociales en una comunidad urbana de indígenas Toba: un análisis de liderazgo y brokerage” en *Anuario Indigenista* XXXI:77-97.

1971b

“La experiencia estética ante la narración mítica” en *Runa* XII:406-417.

1972

“Movimientos milenaristas de los aborígenes chaqueños entre 1905 y 1933” en *Suplemento Antropológico* (Universidad de Asunción, Paraguay) 7(1, 2):107-121.

1974

Con Enrique Gorostiaga (eds.) *Estudios sobre el campesinado latinoamericano. La perspectiva de la antropología social*. Buenos Aires, Editorial Periférica.

[1974] 1991

The Colonos of Apóstoles. Adaptive strategy and ethnicity in a Polish-Ukrainian settlement in northeast Argentina. AMS Press.

1977

“Sistemas de actividad y estrategias adaptativas en la articulación regional y nacional de colonias agrícolas étnicas: el caso de Apóstoles (Misiones)” en Esther Hermitte y Leopoldo J. Bartolomé (comps) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1977:257-281.

1980

“Sobre el concepto de articulación social” en *Desarrollo Económico* 20(78):275-286.

3) **Santiago Bilbao**

1964-65

“Poblamiento y actividad humana en el extremo norte del Chaco Santiagueño” en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 5 :143-192.

1968-1971

“Migraciones estacionales, en especial para la cosecha del algodón en el norte de Santiago del Estero” en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 7 :327-365.

1975

“La familia en San José del Boquerón (Pcia. de Santiago del Estero)” en *Cuadernos del CICSO*, serie Estudios 13 y 14.

4) **Esther Hermitte**

1970

con Carlos Herrán “Patronazgo o cooperativismo ? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del noroeste argentino” en *Revista Latinoamericana de Sociología* 2 :293-317.

1972

“Ponchos, Weaving and Patron-Client Relations in Northwest Argentina” in *Structure and Process in Latin America*. Arnold Strickon & Sidney Greenfield (eds.). University of New Mexico Press, 159-177.

con Herbert Klein “Crecimiento y estructura de una comunidad provinciana de tejedores de ponchos. Belén 1678-1869”. Buenos Aires, Documento de Trabajo, Instituto Di Tella (versión en inglés en (1979) *Peasants, Primitives, and Proletariats. The Struggle for Identity in South America*. David L. Browman & Ronald A. Schwartz (eds) Mouton Publishers, 49-73)

Asistencia técnica en materia de promoción y asistencia de la comunidad en la provincia de Catamarca. Informe Final, Consejo Federal de Inversiones.

1977

compilado con Leopoldo Bartolomé *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu editores.

con Carlos Herrán “Sistema productivo, instituciones intersticiales y formas de articulación social en una comunidad del noroeste argentino” en Esther Hermitte y Leopoldo J. Bartolomé (comps) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu Editores :238-256.

1996

con equipo (Nicolás Iñigo Carrera y Alejandro Isla) *Estudio sobre la situación de los aborígenes de la Provincia del Chaco, y políticas para su integración a la sociedad nacional*. Posadas, Editorial Universitaria. 3 volúmenes.

5) *Hebe Vessuri*.

1970

“Brujas y estudiantes de magia en una comunidad rural de Santiago del Estero” en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Nueva Serie, 3 :443-458. Argentina.

1971

Land Tenure and Social Structure in Santiago del Estero, Argentina. Oxford, University of Oxford, Linacre College, Doctoral Thesis.

“Aspectos del catolicismo popular de Santiago del Estero: Ensayo en categorías sociales y morales” en *América Latina* 14(1-2) :40-69, Brasil.

1972

“Tenencia de la tierra y estructura ocupacional en Santiago del Estero” en *Desarrollo Económico* 12(46) :351-385. Argentina.

1973

“La observación participante en Tucumán 1972” en *Revista Paraguaya de Sociología* 27 :59-76, Asunción, Paraguay.

“Familia, ideología y práctica en un contexto rural argentino”, en *Etnia* 16(70) :7-19.

1974

“La colonización de la Ramada de Abajo: Campesinado y empresarios” en *Cuadernos del CICSO*. Buenos Aires.

1975

“La explotación agrícola familiar en el contexto de un sistema de plantación : Un caso de la provincia de Tucumán” en *Desarrollo Económico* 15(58) :215-238.

1976

con Santiago Bilbao “Campo de Herrera, Tucumán. The first cooperative for agricultural work in Argentina, five years after its creation” in June Nash, N. Hopkins y Jorge Dandler (eds.) *Popular participation in social change. Cooperatives, collectives, and nationalised industry*. Holanda-Francia, Mouton, 211-231.

1977

“Procesos de transición en comunidades de obreros rurales y articulación social” en Esther Hermitte y Leopoldo J. Bartolomé (comps) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 196-237.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos la atenta lectura y lúcidos comentarios de Mariza Peirano, las sugerencias de Martha Blache, Claudia Briones, Gustavo Lins Ribeiro, Alcida Ramos, Rita Segato, Luis Edoardo Soares y Virginia Vechioli, y las puntualizaciones y aliento de Leopoldo J. Bartolomé.

BIBLIOGRAFIA

Acuña, Carlos H. et.al.

1995. Juicio castigos y memorias. Derechos humanos y justicia en la política argentina. Buenos Aires, Nueva Visión

Bartolomé, Leopoldo J.

1980. "La Antropología en Argentina: Problemas y Perspectivas". En *América Indígena* XL(2):207-215.

Bórmida, Marcelo

1961. “Ciencias antropológicas y humanismo” en *Revista de la Universidad de Buenos Aires* 6(3):470-490.

Bórmida, Marcelo

1969. "Mito y cultura. Bases para una ciencia de la conciencia mítica y una etnología tautegórica". *Runa* XII:9-52.

Bórmida, Marcelo

1976. *Etnología y fenomenología. Ideas acerca de una hermenéutica del extrañamiento*. Buenos Aires, Ediciones Cervantes.

Borneman, John

1992. *Belonging in the Two Berlins. Kin, state, nation*. Cambridge, Cambridge University Press.

Botana, Natalio R.

1985. *El Orden Conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Cardoso de Oliveira, Roberto

1998. “Antropologías periféricas versus antropologías centrais” en *O trabalho do antropólogo*. Sao Paulo/Brasília, Unesp-Paralelo 15:107-134.

Cardoso de Oliveira, Roberto & Guilherme Raul Ruben

1995. *Estilos de Antropologia*. Campinas, UNICAMP.

CGAJA - Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas

1989. *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)*. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

Corradi, Juan; Patricia Weiss & Manuel A. Garretón (eds.)
1992. *Fear at the Edge. State Terror and Resistance in Latin America*. Berkeley, University of California Press.

Correa, Mariza
1993. "Breve esbozo de la antropología brasileña reciente (1960-1980)". En *Alteridades* 3(6) :13-17.

Denoon, Donald
1983. *Settler Capitalism - The Dynamics of Dependent Development in the Southern Hemisphere*. Oxford, Clarendon Press.

Evangelista, Liria Claudia
1996. *Voces de los sobrevivientes: testimonio, duelo y memoria en la post-dictadura argentina (1983-1995)*. Tesis Doctoral, State University at Stony Brook.

Fardon, Richard (ed.)
1990. *Localizing Strategies. Regional Traditions of Ethnographic Writing* Edinburgh/ Washington, Scottish Academic Press & Smithsonian Institution Press.

Fígoli, Leonardo
1995. "A antropologia na Argentina e a construção da nação" en Cardoso de Oliveira & Ruben (comps.) *Op.cit.*:31-64.

Filc, Judith
1997. *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires, Editorial Biblos.

Franco, Jean
1985. "Killing Priests, Nuns, Women, Children", in Blonsky, Marshall (ed.) *On Signs* 414-420.

García Delgado, Daniel R. y Vicente Palermo
1989. "El movimiento de los derechos humanos en la transición a la democracia en Argentina", en Daniel Camacho y Rafael Menjívar (coords.) *Los movimientos populares en América Latina*. Siglo XXI editores-Universidad de las Naciones Unidas.

Guber, Rosana
1993/1994. "La relación oculta. Realismo y reflexividad en dos etnografías". En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XIX*, Buenos Aires: 37-66.

Guber, Rosana

1996. "Las manos de la memoria". *Desarrollo Económico* 36(141):423-442.

Guber, Rosana & Sergio E. Visacovsky

1998. "Controversias filiales: memoria y genealogía en la antropología social argentina" en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (en prensa).

Gurevich, Estela & Eleonora M. Smolensky

1987. *La Antropología en la Universidad de Buenos Aires: 1973-1983*. PIA-CONICET/ Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Informe de investigación, mimeo.

Jackson, Anthony (ed.)

1987. *Anthropology at Home* London and New York, Tavistock Publications.

Jacobson, David

1991. *Reading Ethnography* SUNY Press.

Kaufman, Esther

1991. "El ritual jurídico en el juicio a los ex comandantes. La desnaturalización de lo cotidiano", en Guber, Rosana *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires, Legasa.

Kay, Cristóbal

1989. *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*. London, Routledge.

Kern, Stephen

(1983) *The Culture of Time and Space 1880-1918*. Harvard University Press.

Krotz, Esteban

1993. "La producción antropológica en el Sur: características, perspectivas, interrogantes" en *Alteridades* 3(6):5-12.

Kuper, Adam

1973. *Antropología y antropólogos. La escuela británica 1922-1972*. Barcelona, Editorial Anagrama.

Lafón, Ciro René

1960-65. "Fiesta y religión en Punta Corral (Pvcia. De Jujuy)". En: *RUNA, Archivo para las Ciencias del Hombre*, vol. X, partes 1-2, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras: 256-287.

Lafón, Ciro René

1969-70. "Notas de Etnografía Huichaireña". En: *RUNA* vol.XII, Partes I-II, Universidad de Buenos Aires: 273-328.

Madrazo, Guillermo B.

1985. "Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina" en *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara* 1:13-56.

Maybury-Lewis, David

1991. "Becoming Indian in Lowland South America" in Urban, Greg & Joel Sherzer (eds.) *Nation-States and Indians in Latin America*. Austin, University of California Press.

Navarro, Marysa

1989. "The Personal is Political: Las Madres de Plaza de Mayo" in *Power and popular protest. Latin American Social Movements*. Berkeley, University of California Press.

Neiburg, Federico G.

1997 *Os intelectuais e a invencao do peronismo. Estudos de Antropologia Social e Cultural*. Sao Paulo, EDUSP.

Newman, Kathleen

1991. *La violencia del discurso*. Buenos Aires, Catálogos editora.

Newman, Kathleen

1992. "Cultural Redemocratization: Argentina 1978-1989" in Yúdice, George; Jean Franco & Juan Flores (eds.) *On Edge. The Crisis of Contemporary Latin American Culture*. Minneapolis, University of Minnesota Press.

O'Donnell, Guillermo

1982. *El Estado burocrático-autoritario: 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires, Editora de Belgrano.

Palavecino, Enrique

1958-59. "Algunas notas sobre la transculturación del indio chaqueño". En: *RUNA IX*, Buenos Aires: 379-389.

Palavecino, Enrique

1962. "Teoría del cambio cultural". En: *Philosophia* N° 26, Mendoza, 1962: 60-72.

Peirano, Mariza

1991. *Uma Antropologia no Plural: Tres Experiencias Contemporaneas*. Brasilia, Editora Universidade de Brasilia.

Peirano, Mariza G.S.

1995. *A favor da etnografia*. Río de Janeiro, Relume Dumará.

Peralta Ramos, Mónica & Carlos H. Waisman (eds.)

1987. *From Military Rule to Liberal Democracy in Argentina*. Boulder, Westview Press.

Ratier, Hugo E. y Roberto R. Ringuelet

1997. "La antropología social en la Argentina: un producto de la democracia" en *Horizontes Antropológicos* 3(7):10-23.

Robben, Antonius

1995. "The Politics of Truth and Emotion among Victims and Perpetrators of Violence" in Nordstrom, Carolyn & Antonius C.G.M. Robben (eds.) *Fieldwork Under Fire*. Berkeley, University of California Press.

Rock, David

1993. *La Argentina autoritaria*. Buenos Aires, Ariel.

Sigal, Silvia

1991. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires, Puntosur.

Smith, Carol

1990. "Failed Nationalist Movements in 19th-Century Guatemala: A Parable for the Third World" in Fox (ed.) *Nationalist Ideologies and the Production of National Cultures* Washington DC, AAA.

Stocking, George W. Jr.

1983. "The Ethnographer's Magic: Fieldwork in British Anthropology From Tylor to Malinowski". En *Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork*. Stocking (ed.) pp. 70-120. Madison, The University of Wisconsin Press.

Stocking, George W., Jr

1991. *Colonial Situations. Essays on the Contextualization of Ethnographic Knowledge*. Madison, The University of Wisconsin Press.

Taylor, Julie, M.

1979. *Eva Perón. The myths of a woman* University of Chicago Press.

Taylor, Julie M.

1993. "The Outlaw State and the Lone Rangers" in Marcus, George E. (ed.) *Perilous States. Conversations on Culture, Politics and Nation*. Chicago, The University of Chicago Press.

Terán, Oscar

1991. *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires, Puntosur.

Thornton, Robert J. & Peter Skalnik (eds.)

1993. *The Early Writings of Bronislaw Malinowski*. Cambridge, Cambridge University Press.

Trouillot, Michel-Rolph

1990. *Haiti. State against Nation*. New York, Monthly Review Press.

Verdery, Katherine

1991. *National ideology under Socialism: Identity and Cultural Politics in Ceausescu's Romania* Berkeley, University of California Press.

Vermeulen, Han F. & Arturo Alvarez Roldán (eds.)

1995. *Fieldwork and Footnotes. Studies in the History of European Anthropology*.

London, Routledge.

Vessuri, Hebe M.C.

1992. "Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perespectivas". En *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y Perspectivas*. Oteiza, Enrique (dir.). Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Visacovsky, Sergio E.

1995. "La invención de la etnografía". En: *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, año IV, N°5, agosto, Buenos Aires, Colegio de Graduados en Antropología:7-24.

Visacovsky, Sergio E.

1998. "Genealogías rompidas. Memória, política e filiação na psicanálise argentina". En: Mosaico. Revista de Ciências Sociais, ano 1, volume 1, número 1. Departamento de Ciências Sociais. Centro de Estudos Gerais. Universidade Federal do Espírito Santo, pp. 197-225.

Visacovsky, Sergio E ; Rosana Guber & Estela Gurevich

1997. "Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias antropológicas de la Universidad de Buenos Aires", en *Redes* 10.

Waisman, Carlos

1987. *Reversal of Development in Argentina*. New Jersey, Princeton University Press.

Wallerstein, Immanuel (coord.)

1996. *Abrir las ciencias sociales*. México, Siglo XXI editores, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, UNAM.

SÉRIE ANTROPOLOGIA

Últimos títulos publicados

242. WRIGHT, Pablo G. Cuerpos y Espacios Plurales: Sobre la Razon Espacial de la Practica Etnografica. 1998.
243. RAMOS, Alcida Rita. Uma Crítica da Desrazão Indigenista. 1998.
244. BRIONES, Claudia. (Meta) Cultura del Estado-Nación y Estado de la (Meta) Cultura: Repensando las Identidades Indígenas y Antropológicas en Tiempos de Post-estatalidad. 1998.
245. TRAJANO FILHO, Wilson. Jitu Ten: A Investigação Científica na Guiné-Bissau. 1998.
246. BAINES, Stephen Grant. Imagens de Liderança Indígena e o Programa Waimiri-Atroari: Índios e Usinas Hidrelétricas na Amazônia. 1999.
247. RAMOS, Alcida Rita. Cutting Through State and Class: Sources and Strategies of Self-Representation in Latin America. 1999.

-
248. RIBEIRO, Gustavo Lins. Tecnotopia versus Tecnofobia. O Mal-Estar no Século XXI. 1999.
249. CARVALHO, José Jorge de. Um Espaço Público Encantado. Pluralidade Religiosa e Modernidade em Brasília. 1999.
250. CARDOSO DE OLIVEIRA, Luís R. Dois Pequenos Ensaio Sobre Cultura, Política e Demandas de Reconhecimento no Quebec. 1999.
251. GUBER, Rosana & VISACOVSKY, Sergio E. Imágenes etnográficas de la nación. La antropología social argentina de los tempranos años setenta. 1999.

A lista completa dos títulos publicados pela Série Antropologia pode ser solicitada pelos interessados à Secretaria do:

Departamento de Antropologia
Instituto de Ciências Sociais
Universidade de Brasília
70910-900 — Brasília, DF

Fone: (061) 348-2368
Fone/Fax: (061) 273-3264